

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX  
Nº9  
OCTUBRE 2007



NUESTRA PORTADA:

**Misa de los ángeles.**

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador  
Parroquia de San Rosendo de Celanova

*“De regreso, y siendo esperado por sus hermanos después de la hora de tercia, escuchó unas voces angélicas a mitad del camino que cantaban el oficio de la misa. El obispo baja a tierra y, orando de rodillas, permaneció postrado hasta que oyó decir “ite, misa est” (iros, la misa ha terminado). Después, poniéndose de pie, hizo su entrada en el monasterio. Después, poniéndose en pie, hizo su entrada en el monasterio. (...) Después de conocer lo que había ocurrido, ordena con firme sanción que nadie debe aguardar a decir la misa después de las horas canónicas, sino que debe celebrarse en las horas establecidas, tal como fue advertido en la revelación.”*

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Octubre 2007

Nº 9

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

- Carta del Sr. Obispo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica “Miño” con motivo de la exposición de sellos en la fiesta de San Martín de Tours ..... 1435
- Actividades del Sr. Obispo ..... 1437

### IGLESIA DIOCESANA

- Secretaría General
- Nombramientos ..... 1443
- Defunciones ..... 1443
- Vicaría de Pastoral
- Delegación para la Causa de los Santos, “Con motivo de la Beatificación de nueve ourensanos, el 28 de octubre de 2007, en Roma” ..... 1444

### IGLESIA EN ESPAÑA

- Nota de prensa: *Mons. D. Agustín García Gasco y Mons. D. Lluís Martínez, nuevos Cardenales* ..... 1475

### IGLESIA UNIVERSAL

- Santo Padre Benedicto XVI
- Ángelus ..... 1481
- Audiencias Generales ..... 1484
- Cartas ..... 1498
- Discursos ..... 1505
- Homilías ..... 1508
- Santa Sede
- Homilía del Cardenal, Tarcisio Bertone, en las solemnes celebraciones conclusivas del 90º Aniversario de las Apariciones de la Virgen María en Fátima ..... 1513
- Mensaje de la II Asamblea Ecueménica Europea Sibiu, Rumanía ..... 1515

### CRÓNICA DIOCESANA

- Octubre ..... 1525



LA VOZ DEL PRELADO

---

---



**CARTAS****Carta del Sr. Obispo****Saludo a la Sociedad Filatélica Numismática y Vitolfílica “Miño”  
con motivo de la exposición de sellos en la fiesta de San Martín de Tours**

Con San Martín camino de Celanova  
Este año 2007 ha sido un año de feliz trato con San Rosendo. Hemos renacido con gozo al trato con un amigo que hace 1100 años comenzaba su camino por el tiempo.

Al poneros unas letras de saludo, queridos amigos de la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfílica “MIÑO”, quiero acercarme con vosotros también a Celanova, y andar juntos ese camino que desde Ourense lleva al monasterio de San Rosendo haciendo parada en Loiro que es calmo espacio donde una iglesia románica y un puñado de buenísimas gentes tienen a San Martiño como patrón.

Estoy seguro que San Rosendo encontró en San Martín uno de esos

referentes que ayudan a crecer en valores de bienaventuranza y que cuando sus viajes tantas veces le hicieron pasar por Loiro, ya posiblemente con una iglesia dedicada al santo de Tours, una plegaria serena, carta con respuesta asegurada en la oración, llenaba su corazón de gratitud y de esperanza.

Es, pues, oportuno unir este año en vuestra Exposición y en vuestros preciosos proyectos de amistad que encuentran en el coleccionismo un pretexto para afianzarse, a San Martín, a San Rosendo y a Loiro. Que Martín y Rosendo bendigan vuestras iniciativas y vuestras vidas como yo lo hago con afecto agradecido.

+ Luis Quintero Fiuza  
Obispo de Ourense

**Carta do Sr. Bispo****Saúdo á Sociedade Filatélica Numismática e Vitolfílica “Miño”  
con motivo da exposición de selos na festa de San Martiño de Tours**

Con San Martiño camiño de Celanova  
Este ano 2007 foi un ano de feliz trato con San Rosendo. Renacemos con gozo ó trato cun amigo que fai 1100

anos comezaba o seu camiño polo tempo.

Ó vos poñer unhas letras de saúdo, queridos amigos da Sociedade

Filatélica, Numismática e Vitolfílica “MIÑO” quero, achegarme con vós tamén a Celanova, e andar xuntos ese camiño que dende Ourense leva ó mosteiro de San Rosendo facendo parada en Loiro que é calmo espazo onde unha igrexa románica e un puñado de boísimas xentes teñen a San Martiño como patrón.

Estou seguro que San Rosendo atopou en San Martiño un deses referentes que axudan a medrar en valores de benaventuranza e que cando as súas viaxes tantas veces fixérono pasar por Loiro, xa posiblemente cunha igrexa

dedicada ó santo de Tours, unha pregaría serena, carta con resposta asegurada na oración, enchía o seu corazón de gratitude e de esperanza.

É, pois, oportuno unir este ano na vosa Exposición e nos vosos preciosos proxectos de amizade que atopan no coleccionismo un pretexto para se afianzar, a San Martiño, a San Rosendo e a Loiro. Que Martiño e Rosendo bendigan as vosas iniciativas e as vosas vidas como eu o fago con afecto agradecido.

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense



## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### SEPTIEMBRE

---

- Día 26: Reunión de Arciprestes y Delegados Episcopales en el Seminario Mayor.
- Días 27-29: Inaugura y asiste al I Congreso Internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea que se desarrolla en la Sala de conferencias de Caixanova; Exposición de Arquitectura Contemporánea de Galicia “15 Obras” en el Liceo de Ourense con motivo del MC Aniversario del nacimiento de San Rosendo.
- Día 28: Preside la Celebración de Envío de catequistas de la Diócesis en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 30: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles del Arciprestazgo de Ourense Oeste y a las familias de la Diócesis que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

### OCTUBRE

---

- Día 1: Apertura del Curso Académico 2007 - 2008 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”.  
Inauguración de la Exposición “Rudesindus. O legado do Santo” en la iglesia parroquial de San Rosendo de Celanova, con motivo del Año Jubilar.
- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral con motivo de la fiesta de la Policía Nacional que celebra a sus Patronos, los Santos Ángeles Custodios.
- Día 3: Presentación de la Programación Diocesana en Xinzo a los sacerdotes de los arciprestazgos de A Limia, Cualedro y Rairiz de Veiga.  
Presentación de la Programación Diocesana en Verín a los sacerdotes de los arciprestazgos de Verín, Gudiña - Riós y Monterrey.
- Día 4: Encuentro con el Colegio Oficial de Veterinarios que festejan en este día a su Patrono San Francisco de Asís.  
Preside la Celebración Eucarística en la iglesia de los PP. Franciscanos con motivo de la fiesta de San Francisco de Asís.

- Día 5: Asiste al Acto de Apertura del Curso Académico 2007 - 2008 en el Salón de Actos del Edificio Politécnico del Campus de Ourense.  
Preside la Inauguración de una Exposición de San Rosendo en la Abadía Cirterciense de Oseira.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro a la Asociación de Amas de casa en la víspera de la fiesta de la Virgen del Rosario, Patrona de esta Asociación.  
Preside la Misa en Rito Hispano-Mozárabe en el MC Aniversario del nacimiento de San Rosendo, Obispo y Abad, en Celanova.
- Día 7: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Marina de Loureiro.
- Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 10: Presentación de la Programación Diocesana en los Milagros a los sacerdotes de los arciprestazgos de Maceda, Caldelas, Allariz y Rabadá.  
Presentación de la Programación Diocesana en O Cristal a los sacerdotes de los arciprestazgos de Celanova, Bande, A Merca y Ramirás.  
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.
- Día 11: Asiste a una Conferencia sobre los nuevos Beatos de Galicia en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 12: Preside la Celebración Eucarística en el Cuartel de Santa Mariña con motivo de la fiesta de la Virgen del Pilar, Patrona de la Benemérita Guardia Civil.
- Día 13: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles de varias parroquias de la Diócesis y de otras Diócesis hermanas que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 14: Preside la Celebración Eucarística y bendice la ampliación del cementerio parroquial en Santa María de Cartelle.
- Día 15: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Guillermina Casado Canto, religiosa de las Hijas de la Divina Pastora (Calasancias) en la capilla de la Residencia Santamariña.  
Celebración en el Convento de las Carmelitas Descalzas con motivo de la fiesta de Santa Teresa de Jesús.
- Día 17: Presentación de la Programación Diocesana en Carballiño a los sacerdotes de los arciprestazgos de Carballiño, Maside y Cea.

Presentación de la Programación Diocesana en Ribadavia a los sacerdotes de los arciprestazgos de Ribadavia, Cortegada, Castrelo y Avión-Leiro.

Día 18: Asiste a la presentación de una revista sobre San Rosendo en la Diputación de Ourense.

Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles y a la Curia Diocesana que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

Día 19: Reunión con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Día 20: Preside la Celebración Eucarística a los integrantes de la Renovación Carismática Católica reunidos en su 4ª Asamblea en el Seminario Mayor.

Preside la Vigilia del DOMUND en la Parroquia de Santiago de As Caldas.

Día 21: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Pedro de Moreiras.

Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 24: Presentación de la Programación Diocesana en el Seminario Mayor a los sacerdotes de los arciprestazgos de Ourense Norte, Sur, Este y Oeste y a los Arciprestazgos de Teras de Aguiar, Chaos de Amoeiro y Toén.



IGLESIA DIOCESANA

---

---



## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha 7 de octubre de 2007, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. José Benito Sieiro González**, administrador parroquial de *San Pedro de Garabás*.

Con fecha 14 de octubre de 2007, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense ha nombrado al **Rvdo. Sr. D. Manuel López Rodríguez**, administrador parroquial de *Santa María de Freás de Maside*.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Sor Guillermina Casado Canto**, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancia).

Había nacido en la parroquia de San Salvador de Vilamaior da Xironda, Ourense, en el año 1925. Segunda de cinco hermanos. Ingresó en el Instituto Calasancio de Hijas de la Divina Pastora en 1953 en Sanlúcar de Barrameda. Su primera comunidad fue la de Mosteirón en A Coruña. Es trasladada en 1957 a Santiago de Chile donde desempeña su labor como docente, Superiora y Administradora en el colegio Divina Pastora de Pedro de Valdivia y la Florida. Posteriormente la trasladan a la Ciudad de San Miguel, luego en el Hogar de Ramón Falcón y Santa Fe en Argentina. Más tarde se incorporará a la comunidad de la Divina Pastora en Montevideo, Uruguay. Regresa a Ourense, integrándose en 1996 en la comunidad de la Residencia Santamarina de la ciudad, donde la encontró la llamada del Señor el día 14 de octubre de 2007.

## VICARÍA DE PASTORAL

### *DELEGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS*

#### *Con motivo de la Beatificación de nueve ourensanos, el 28 de octubre de 2007, en Roma*

A comienzos del verano, la Secretaría de Estado de Su Santidad había comunicado al Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, que el Papa, Benedicto XVI, había concedido que la celebración del Rito de Beatificación de las 23 causas de mártires españoles tuviera lugar en Roma el domingo 28 de octubre de 2007. Estas causas agrupan a un total de 498 mártires que dieron la vida por Cristo durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX en España.

Cada caso ha sido estudiado por sí mismo con todo cuidado a lo largo de años. Estos mártires dieron su vida, en diversos lugares de España, en 1934, 1936 y 1937. Hay obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y laicos, jóvenes, casados, hombres y mujeres. Se trata de la beatificación más multitudinaria que se conoce en la bimilenaria historia de la Iglesia. De los del siglo XX en España, 479 ya han sido beatificados en once ceremonias a partir de 1987, y 11 de ellos son ya santos. Casi quinientos han sido reunidos, esta vez, en una única celebración.

Los obispos, en la última Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal,

el pasado 27 de Abril, hicieron público un Mensaje en el que anunciaban esta ceremonia para el próximo otoño en Roma y señalaban que “la beatificación que vamos a celebrar es una hora de gracia para la Iglesia que peregrina en España y para toda la sociedad. Os invitamos a prepararos bien para esta fiesta y a participar en ella de modo que se convierta para todos en un nuevo estímulo para la renovación de la vida cristiana... Los mártires, que murieron perdonando, son el mejor aliento para que todos fomentemos el espíritu de reconciliación”.

El martirio es el signo más auténtico de la Iglesia de Jesucristo: una Iglesia formada por hombres, frágiles y pecadores, pero que saben dar testimonio de su fe vigorosa y de su amor incondicional a Jesucristo, anteponiéndolo incluso a la propia vida. Dado que los mártires son personas de todos los ámbitos sociales, que han pasado su existencia haciendo el bien y que han sufrido y han muerto renunciando a salvar su vida y perdonando a quienes los maltratan, nos sitúan ante una realidad que supera lo humano y que nos invita a reconocer la fuerza y la gracia de Dios actuando en la debilidad de la historia humana.



Por lo que nos toca a la diócesis de Ourense, ésta va a ver duplicado su número de santos y, por tanto, de intercesores y modelos de la vida cristiana. Ahora mismo, reciben veneración San Rosendo, San Francisco Blanco, los beatos Pedro Vázquez, Juan Jacobo Fernández, Sebastián de Aparicio, Faustino Míguez, Sergio Cid y Gil Rodicio. En total, dos santos y seis beatos. Con la beatificación de este otoño, tendremos nueve beatos más, siete salesianos y dos agustinos. He aquí sus nombres, lugares y fechas de nacimiento, lugares y fechas de martirio:

**1. Victoriano Fernández Reinoso**, SDB, de Campos-Santa María de Olás, 27 de enero de 1913. Es mártir en Madrid, 23 de julio de 1936.

**2. Manuel Borrajo Míguez**, SDB, de San Juan de Seoane-Allariz, 22 de agosto de 1915. Es mártir en Carabanchel Alto, 1-2 de octubre de 1936.

**3. Pío Conde Conde**, SDB, de Portela-Allariz, 4 de enero de 1887. Es mártir en Madrid, 16-20 de marzo de 1937.

**4. Antonio Cid Rodríguez**, SDB, de Calsadoira-San Juan de Seoane-Allariz, 15 de abril de 1890. Es mártir en Bilbao, 25 de septiembre de 1936.

**5. Francisco Míguez Fernández**, SDB, de Santa María de Corvillón,

9 de febrero de 1887. Es mártir en Málaga, 15 de agosto de 1936.

**6. Manuel Fernández Ferro**, SDB, de Paradiñas-San Miguel de Torneiros, 30 de mayo de 1898. Es mártir en Málaga, el 23 de agosto de 1936.

**7. José Blanco Salgado**, SDB, de Souto-San Bartolomé de Ganade, 10 de noviembre de 1892. Es mártir en Morón de la Frontera, 21 de julio de 1936.

**8. Manuel Formigo Giráldez**, OSA, de Pazos, Hermos, 13 de noviembre de 1894. Es mártir en Málaga, 15 de agosto de 1936.

**9. José López Piteira**, OSA, de Camagüey-Cuba, 2 de febrero de 1912, hijo de padres ourensanos, naturales de Partovia. Es mártir en Paracuellos de Jarama, 30 de noviembre de 1936.

## I. Actos programados

Con el objeto de darlos a conocer, ponerlos como intercesores en la oración, y participar en este evento eclesial de España, se han elaborado unos materiales y propuesto unas acciones que nos ayuden a vivir esta hora de gracia. Helos aquí:

1. Envío a las parroquias, colegios, institutos religiosos, movimientos

apostólicos... de carteles con el logotipo de la beatificación, estampas, ejemplares del Mensaje de los Obispos con motivo de este evento eclesial, y folletos que recojan la semblanza biográfica de los nuevos beatos ourensanos.

2. Elaboración y envío de materiales catequéticos para niños, jóvenes y adultos, así como materiales litúrgicos para una misa de acción de gracias por los nuevos santos en las parroquias de origen, centros salesianos y allí donde se quiera celebrar (*Libro del Peregrino*).

3. Divulgación de las biografías de los nuevos beatos gallegos a través de la revista *Pastoralia*, así como revistas de carácter científico como *Auriensia* y *Compostellanum*.

4. Presentación en el Centro Cultural de la Diputación de un libro intitulado *Semblanza biográfica de los nuevos Beatos Salesianos oriundos de Galicia. Testimonio martirial en la guerra civil española (1936-1939)*, del Dr. José Ramón Hernández Figueiredo. La edición se debe a la prestigiosa Editorial Central Catequética Salesiana-CCS.

5. Conferencia que lleva por título *Mártires españoles del siglo XX: la aportación Salesiana a la santidad gallega*, en el Centro Cultural de la Diputación. Tendrá lugar el día 11 de octubre, a las 20 horas. Participaron el P. José Rodríguez Pacheco, SDB, Provincial de los Salesianos de León y el Obispo de Ourense, D. Luis Quinteiro Fiuza.

También se impartió en el Colegio de Salesianos de La Coruña, al ser cinco de los nuevos beatos oriundos de esta provincia, el 18 de octubre, y en Allariz, por ser de allí seis de los nuevos beatos, el 10 de noviembre.

6. Preparación de una gran peregrinación a Roma, conjuntamente con los Salesianos, para participar en la "Beatificación de los 498 mártires del siglo XX en España", entre los días 25-29 de octubre. Participarán un centenar de ourensanos.

7. Celebración de una solemne Misa de Acción de Gracias en la Santa Iglesia Basílica Catedral de Ourense, presidida por el Obispo, D. Luis Quinteiro Fiuza, el día 3 de noviembre, a las 20 horas. Se aconseja especialmente la participación de las parroquias de donde son oriundos los nuevos Beatos.

## II. Breves biografías

**Beato Victoriano Fernández Reinoso, SDB**

Nació el 27 de enero de 1913 en Campos, hijo de Lino Fernández y Julia Reinoso, modestos labradores. Fue bautizado en Santa María de Olás. Alternó durante los primeros años, la escuela con la ayuda a sus padres en las labores del campo. Aconsejado por un sacerdote ingresó en el Colegio Salesiano de Allariz. De allí pasaría al Colegio San

Miguel Arcángel de Madrid, y al noviciado de Mohernando-Guadalajara, donde hizo los cursos de Filosofía. En el curso 1935-1936, el beato Victoriano fue destinado a la comunidad salesiana de Ronda de Atocha, como maestro y asistente. Con 23 años, fue el primero en sufrir la muerte. Sería fusilado el 23 de julio de 1936.

He aquí algunos rasgos sobre su personalidad, tal como le recordaba un profesor suyo: “Una sonrisa natural y espontánea se dibujaba habitualmente en su rostro, indicio cierto de su sencillez y pureza de alma. Confirmaba esta primera impresión su piedad constante, particularmente al recibir la sagrada Comunión. Era limpio y ordenado en sus cosas, diligente en sus deberes escolares. Todo el porte de la persona exteriorizaba su humildad y modestia. Pero la virtud en que más se distinguió fue la obediencia, pues se sometía sin réplica y con decidida prontitud a cualquier trabajo aún difícil y penoso”.

### ***Beato Pío Conde Conde, SDB***

En Portela-Allariz, nació el 4 de enero de 1887, de Francisco Conde Cid y Ángela Conde Feijoo, siendo al día siguiente bautizado en la parroquia de San Esteban. Hijo de familia levítica, su educación fue esmeradísima. Estudió latín con el capellán de las Clarisas, pasando después al Colegio Salesiano de Sarriá-Barcelona. Allí hizo también el noviciado y los estudios de Filosofía; los de Teología en Mataró, Sarriá,

Carabanchel Alto. Pasó por Valencia, Orihuela, Béjar, Santander y Vigo. Su último destino sería el Colegio de San Juan Bautista de Madrid. Ocurrió su martirio el 16 al 20 de marzo de 1937 en lugar desconocido.

Sobre su personalidad, hay que decir que huía de los cargos de gran responsabilidad por humildad, prefiriendo trabajar en ministerios menos vistosos. Era un gran Salesiano, incansable trabajador. Se entregó con todas sus fuerzas al ministerio de la confesión, siendo muy apreciadas sus dotes de director de almas. Mostraba una devoción muy ordenada y constante, era puntual en el cumplimiento de sus deberes de piedad y de religioso educador, gran profesor que sabía cautivar los corazones de los alumnos, los cuales recibían de él una formación seria y completa.

### ***Beato Manuel Borrajo Míguez, SDB***

En Rodicio, parroquia de San Juan de Seoane, nació el 22 de agosto de 1915, hijo de Francisco Borrajo y Concepción Míguez. Su padre era en la parroquia una de las personas más distinguidas por su cultura y piedad. Fue bautizado dos días después. De carácter alegre y hasta revoltoso, se tornó muchacho serio y reflexivo cuando la flor de la vocación sacerdotal se entreabrió en su corazón. Se preparó para los cursos de latín en el Colegio de Salesianos de Allariz con el estudio y la piedad. Continuó su for-

mación en Madrid y Mohernando-Guadalajara.

Se ejercitó como maestro en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, con verdadero provecho propio y de sus alumnos. Exigencias legales le privaron del uso de la sotana, pero no de su espíritu religioso y salesiano. En su dedicación plena a la piedad y al estudio fue imitador de Santo Domingo Savio. Cuando todavía le faltaba un año para acabar las prácticas y empezar la Teología, encontrándose de paso en julio de 1936 en la casa de Carabanchel Alto, sufrió la persecución y el martirio en la checa Fomento entre el 1-2 de octubre de 1936.

***Beato Francisco Míguez Fernández,***  
**SDB**

Nació en Santa María de Corbillón, el 9 de febrero de 1887, siendo bautizado al día siguiente. Sus padres eran agricultores, y se llamaban José y Rosa. Tras haber hecho dos años de latín en el Seminario Conciliar de San Fernando de Ourense, ingresó en el Colegio de la Trinidad de Sevilla, haciendo allí el noviciado. Pasa por Alicante, Sevilla, Écija y Málaga, donde se ejercita como consejero, catequista, confesor y encargado de las escuelas externas. Allí sufrirá el martirio el 15 de agosto de 1936, después de ensañarse especialmente con él. Es el primer beato de nuestro Seminario Diocesano.

Destacó por la virtud del trabajo, la piedad y una gran sencillez, fruto de su

humildad, que parecían en él naturales. Era conocido en toda Málaga por su incondicionada consagración al apostolado. Había organizado un oratorio festivo modelo, una excelente banda de música y otras de cornetas y tambores. Tenía tal dominio sobre los niños, que con sola su presencia los electrizaba. A los niños les obsequiaba con ropas y comidas a menudo. Su consigna se podía sintetizar en este lema: "Todo por los niños". Era un hombre serio en el cumplimiento de su deber, que jamás se dio importancia, a pesar de la gran labor que hacía.

***Beato Antonio Cid Rodríguez,***  
**SDB**

Nació en Calsadoira, feligresía de San Juan de Seoane-Allariz, el 15 de abril de 1890. Hijo de Manuel Cid y María Rodríguez, recibió el bautismo al día siguiente. Respiró una atmósfera familiar de gran piedad y devoción. Hizo el noviciado en Écija y Sevilla. Sus destinos fueron Málaga, Carmona, Sevilla y Baracaldo. Entre los años 1919 y 1926 permanece en Salamanca. Después pasa a Santander, Ronda de Atocha y Cuatro Caminos en Madrid, para regresar a Santander, donde le sorprende la guerra civil. Se refugia junto a unos parientes de Bilbao, donde es apresado y sufre el martirio el 25 de septiembre de 1936.

Se distinguió como Salesiano activo, buen pedagogo, de carácter alegre, muy entregado a la formación de los

niños, a cuya tarea dedicaba horas extraordinarias. Muy humilde a pesar de sus éxitos pedagógicos, no se complacía en las felicitaciones que le prodigaban. Piadoso, amante de la pureza, de exquisita finura en el trato con personas extrañas, y de gran franqueza. Devoto del Santo Rosario, aconsejaba su rezo también a los demás. Los alumnos que habían estudiado con él, le querían muchísimo, haciendo frecuentes visitas y regalos. Se distinguía por su rectitud de intención buscando sólo la gloria de Dios.

***Beato Manuel Fernández Ferro, SDB***

Nació en Paradiñas el 30 de mayo de 1898, y fue bautizado el mismo día en San Miguel de Torneiros. Sus padres se llamaban Domingo y Generosa. Hizo el noviciado en Écija y Cádiz. Pasa por San José del Valle, Sevilla y Córdoba. Estudia la Teología y recibe las órdenes mayores en Campello-Orihuela-Alicante. Regresa a Málaga, donde le sorprende el martirio el 23 de agosto de 1936.

Los rasgos más característicos de nuestro beato lo señalan como un Salesiano observante, de voluntad férrea, consagrado exclusivamente a su misión de sacerdote y de educador. Humilde por su cuna, el beato heredó de sus cristianos padres el amor al trabajo, a la sencillez y demás virtudes domésticas, siendo exquisito en su trato. Piadoso y recogido, de carácter

tranquilo, casi reservado, pero muy atrayente por su candor y caridad. Fue siempre de conducta ejemplar. Con frecuencia repasaba sus tratados de Teología y preparaba a conciencia sus sermones. Edificaba verlo en la capilla rezando el breviario. Era un sacerdote completo según el Corazón de Jesús, a quien tenía especial devoción. Era providencialista: en los acontecimientos públicos veía la mano de Dios.

***Beato José Blanco Salgado, SDB***

Nació en Souto, aldea de San Bartolomé de Ganade, el 10 de noviembre de 1892, siendo bautizado tres días más tarde. Sus padres eran Manuel y Bernarda. Tenía 16 años cuando en 1908 ingresa en el Colegio de Écija, para el aspirantado. Su decidida voluntad de ser religioso hizo posible su admisión en San José del Valle para comenzar el noviciado. Obtenido su ideal salesiano, la obediencia le destinó a Málaga, donde trabajó bastantes años. También desplegó su labor educadora en Écija y por fin en Morón de la Frontera, donde sufrió el martirio el 21 de julio de 1936.

Desde el noviciado descolló por el trabajo y la humildad. Tenía una piedad varonil y un gran temor de Dios en el corazón, que le tenía a raya para corresponder a la vocación salesiana. Se distinguía por su amor a la Congregación, por el empeño en dar la clase y lograr el aprovechamiento de los alumnos, y por la preocupación de

los bienes de la casa. Era devotísimo de María Auxiliadora y celoso propagador de su devoción. Tenía un corazón grande, generoso, servicial, aunque aprisionado en apariencias toscas y en un carácter adusto.

### ***Beato José López Piteira, OSA.***

Hijo de Emilio López Vilelo y Lucinda Piteira Romero, de Dacón y Partovia, respectivamente. El joven matrimonio emigró a Cuba a finales del año 1907. El cuarto hijo fue José, quien nació en Arroyo Blanco, municipio de Jatibonico, provincia de Sancti Spiritus, el 2 de febrero de 1912. Los más mayores en Cuba recuerdan a la familia López Piteira. La pequeña y humilde Comunidad cristiana de Arroyo Blanco, se siente sobremanera orgullosa de “su mártir agustino”. Puesto que Arroyo Blanco carece aún de templo, sería una buena ocasión el hecho de su beatificación para dedicarle una capilla en su tierra natal.

Se debe constatar que el joven José López Piteira siempre se sintió orgulloso de haber nacido en Cuba y de ser ciudadano cubano. Con 16 años decide hacerse religioso agustino. Ingresó en el convento de Ntra. Sra. del Buen Consejo, de Leganés (Madrid), en julio o agosto de 1928. Continuó su formación en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Recibió de Mons. Leopoldo Eijo Garay el subdiácono el 6 de abril de 1935, en la capilla del seminario de Madrid. De diácono fue ordenado por

Mons. Francisco Gómez, dominico, obispo en Tonkin (China). No llegó al sacerdocio al truncarse su trayectoria por los acontecimientos del 18 de julio de 1936. Él con otros 97 agustinos sufrirían martirio en Paracuellos.

“Era de carácter bondadoso y tratable, entusiasta y observante”, según nos cuenta una relación. Otro compañero dice: “Puedo dar testimonio de que manifestó una vocación muy decidida desde el primer momento, a la que correspondió con una vida de piedad muy intensa” durante los años de su formación. Otro añade que fue “un religioso ejemplar”.

### ***Beato Manuel Formigo Giráldez, OSA***

Nació en el pueblo de Pazos-Hermos, perteneciente a la parroquia de San Lorenzo de Pena, ayuntamiento de Cenlle, el 13 de noviembre de 1894. Sus padres se llamaban Juan y Asunción. Cursó Latín y Humanidades, en el monasterio benedictino de San Clodio. En 1908, se le admite a la vida religiosa en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Emitió la profesión de votos simples el 14 de noviembre de 1910, y la de solemnes el 1 de enero de 1914. Pasa por los Colegios de Guernica y Alfonso XII de S. L. de El Escorial, donde realiza los estudios teológicos. Es ordenado de sacerdote el 9 de agosto de 1925, en la basílica del Monasterio por el Obispo de Almería, el agustino Mons. Bernardo Martínez.

Después de su ordenación se le destina al Real Colegio de Alfonso XII, y pasa también por el Monasterio de Uclés y el Seminario de N. Sra. del Buen Consejo de Leganés, y el Colegio de la calle de Valverde en Madrid. En septiembre de 1929 será destinado a Brasil, regresa al año siguiente a España por motivos de salud. Pasa por la Casa de Guernica, y las Escuelas gratuitas de Portugaleta, trabajando también en los pueblos vecinos de Santurce, Sestao y Baracaldo, con los obreros.

En septiembre de 1935 fue trasladado a Málaga. Desde su llegada hasta el 18 de julio de 1936, se dedicó a las clases de primarias en el colegio, a dar ejercicios y confesar a religiosas, a ayudar en las parroquias, y a predicar en diversos pueblos. Fueron unos meses de intenso y fructífero apostolado. El 15 de agosto de 1936 dará un testimonio valiente sufriendo el martirio. Poco antes había dicho lleno de fe: “Después de todo ¡Qué es la vida! Si Dios quisiera que ganásemos el cielo en poco tiempo y le diéramos la gloria que pide ¡qué mayor felicidad!”.

### ***Cómo procede una Causa de mártires***

Se parte de la “Fama de martirio”, es decir, el pueblo de Dios considera mártir o santo a alguna persona. El “Ente promotor” puede ser una congregación religiosa, una diócesis, una parroquia, una asociación. Éste nombra un Postulador o responsable de gestionar

la Causa en su nombre. La Causa se instruye en una diócesis, normalmente en aquélla en la que ha tenido lugar el martirio del Siervo de Dios.

La primera fase de la Causa es la Investigación jurídica diocesana, que se hace con todo rigor y precisión. Comprende una parte documental de la que se encarga una Comisión de Historiadores, y una parte testimonial de la que se ocupa la Comisión Delegada del Obispo. Concluida la Investigación diocesana, se sellan las Actas y se entregan en la Congregación de las Causas de los Santos en Roma. Allí se otorga el Decreto de Validez.

El Postulador elabora la *Positio* bajo la guía de un Relator de la Congregación. Es un trabajo que requiere conocimientos históricos, jurídicos y teológicos. Se entrega en la Congregación, pasa a los Consultores Teólogos, a los Cardenales y Obispos miembros de dicha Congregación, y finalmente se propone al Papa el Decreto de Martirio. Una vez promulgado el Decreto se puede proceder a la Beatificación del mártir.

### **III. Peregrinación a Roma**

Entre los actos programados se encuentra la preparación de una gran peregrinación a Roma, que encabezarán el Obispo de la Diócesis, D. Luis Quinteiro, conjuntamente con



los Salesianos, para participar en la “Beatificación de los 498 mártires del siglo XX en España”. Lo cierto es que se espera el 28 de octubre en Roma una gran concentración de miles de fieles procedentes de toda España e incluso de todo el mundo por la relación de los mártires con otros países de Europa, América y África.

En su momento, para dar a conocer la referida peregrinación, se elaboró un díptico que se distribuyó a través de las parroquias, congregaciones o institutos religiosos, movimientos apostólicos, medios de comunicación... para que todo aquél que quisiera participar pudiera hacerlo. Durante los meses de agosto y septiembre se difundió suficiente información también en casas salesianas, parroquias donde son oriundos los mártires o instituciones en relación con los mártires como el Seminario, familiares de los mismos, etc.

No se hizo otra cosa que dar cuerpo a la invitación que en su momento dirigieron los obispos a la Iglesia española: “Invitamos y animamos a todos los que puedan acudir a Roma para la fiesta de la beatificación. Allí, junto a los sepulcros de los mártires Pedro y Pablo, y los de tantos otros de la primera hora del cristianismo, daremos gloria a Dios por los nuevos mártires de España. Informaos en vuestras parroquias, centros religiosos o en vuestras diócesis sobre el modo en que podáis incorporaos a la peregrinación a Roma”.

El resultado salta a la vista, un centenar de ouresanos procedentes de las parroquias donde son naturales, familiares, seminaristas, sacerdotes, religiosos salesianos, matrimonios...

### **Programa de la Peregrinación a Roma (5 días)**

#### **25 octubre (Jueves) Vigo - Roma**

Salida en el autobús desde la Alameda-Ourense, a las 5 ½ de la mañana. Presentación en el aeropuerto 2 horas antes de la salida del vuelo con destino a Roma (vía Barcelona). Llegada a la capital de Italia y traslado al hotel. Cena. Visita nocturna de Roma iluminada, con sus bellos edificios y espectaculares monumentos iluminados. Alojamiento.

#### **26 octubre (Viernes) Roma**

Desayuno y salida para realizar la visita de diferentes Basílicas de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pedro, siendo esta basílica el principal edificio del Vaticano y el más importante edificio religioso del catolicismo, tanto por sus dimensiones (193 m. de longitud y 44'5 m. de altura) como por su renombre. A continuación, Almuerzo. Por la tarde, visitaremos las Catacumbas, lugar de enterramiento de los primeros cristianos y otras Basílicas, como la de San Pablo Extramuros. Misa en la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat, presidida por el Obispo



de Ourense. Resto del tiempo libre y Alojamiento.

### **27 octubre (Sábado) Roma**

Desayuno y salida para realizar la visita de la llamada Roma Barroca, para conocer alguna de sus monumentales fuentes y plazas, entre las que destacan muy especialmente la Fontana de Trevi, la del Tritone, la Piazza Navona, etc. Almuerzo y tarde libre con trasladados a los diferentes actos que se realicen en la Basílica Mayor de San Pablo Extramuros. Alojamiento.

### **28 octubre (Domingo) Roma**

Desayuno y salida hacia los actos de Beatificación. Preside el cardenal Saraiva, Prefecto de la Congregación de la Causa de los Santos. Saludo y Bendición del Papa, Benedicto XVI, a los peregrinos. Almuerzo. Tarde libre para terminar de conocer todo cuanto le ofrece esta gran ciudad y aprovechar para conocer alguno de sus muchos e importantes museos y galerías. Alojamiento.

### **29 octubre (Lunes) Roma - Vigo**

Desayuno. Traslado a la Misa de Acción de Gracias. Preside el cardenal Bertone, Prefecto de la Secretaría de Estado. Audiencia del Papa, Benedicto XVI, a los peregrinos. Tiempo libre hasta la hora prevista de traslado al aeropuerto para tomar el vuelo de regreso a España. Fin de la peregrinación.

## **IV. Publicación**

José Ramón Hernández Figueiredo, *Semblanza biográfica de los nuevos Beatos Salesianos oriundos de Galicia. Testimonio martirial (1936-1937)*, Madrid: Editorial Central Catequística Salesiana, 2007, 144 pp.

Dentro de la colección denominada *Biografías Salesianas*, se encuentra la presente monografía, en la que hay que destacar junto a la obra de investigación del Dr. Hernández Figueiredo, la colaboración del P. José Rodríguez Pacheco, Provincial de la Inspectoría de Santiago el Mayor de los Salesianos de León, a quien se debe el prólogo de este trabajo, y los dibujos a carbonilla de Joan Puigdollers y Francisco Fuentes, este último salesiano, que ilustran el trabajo.

Hay que decir que de los 233 mártires beatificados por el Papa, Juan Pablo II, el 11 de marzo de 2001, y de los 498 beatos del próximo 28 de octubre bajo el pontificado del Papa, Benedicto XVI, sumamos un total de 21 beatos gallegos, de los que 15 son religiosos Salesianos, dos Agustinos, dos Adoratrices, un Hermano Franciscano y otro Hermano Carmelita. El hecho de que un grupo tan importante de quince beatos tengan como denominador común su condición Salesiana, su origen gallego y el padecimiento del martirio, ha dado pie a esta obra, que es la primera publicación en Galicia que trata en conjunto de las biografías

de los nuevos Beatos, mártires en la España del siglo XX.

Han pasado suficientes años como para poder estudiar los hechos serenamente y con la suficiente objetividad que garantice la claridad de juicio. Las fuentes, sinceramente realistas, enormemente humanas, reflejan la vivencia fiel de estos religiosos que realizaron esfuerzos heroicos para seguir siendo lo que eran, pese a vivir en circunstancias enormemente adversas y hostiles. Desde el 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939, en la zona republicana se desencadenó la mayor persecución religiosa conocida en la historia desde los tiempos del Imperio Romano, superior incluso a la Revolución Francesa. Fue un trienio trágico y glorioso a la vez, el de 1936 a 1939, que se debe recordar fielmente para que no se pierda la memoria histórica. Al finalizar la persecución, el número de mártires ascendía a casi diez mil: 13 obispos; 4.184 sacerdotes diocesanos y seminaristas, 2.365 religiosos, 283 religiosas y varios miles de seglares, de uno y otro sexo, militantes de Acción Católica y de otras asociaciones apostólicas, cuyo número definitivo todavía no es posible precisar.

El presente estudio se basa en las actas de los procesos canónicos que son muy rigurosas, ya que los numerosos testigos que declararon sobre cada uno de los casos de presunto martirio fueron sometidos al juramento previo sobre cuanto declaraban, y los expertos de la Santa Sede han realizado y siguen

realizando un análisis minucioso de los hechos documentados para descubrir la verdad, disipar cualquier duda y verificar si en dichos casos se dieron las circunstancias para proclamar el martirio de la víctima y proceder, primero, a su beatificación y, más tarde, como culminación de todo el proceso canónico, a su canonización.

La Iglesia, con su acostumbrada prudencia, exigió que dichos procesos fuesen estudiados con mucha atención para impedir que el reconocimiento del martirio pudiera ser instrumentalizado para fines políticos por el régimen vencedor de la guerra y para obtener todas las garantías necesarias sobre las circunstancias concretas de cada martirio. Pío XII se opuso a la canonización indiscriminada, apresurada y masiva, según pretendía el régimen del general Franco. Por su parte, Pablo VI decidió suspender temporalmente el examen de dichas causas como medida prudente. Pareció oportuno durante el régimen del general Franco suspender el examen de estos casos para que no fuesen aprovechados con fines propagandísticos. Las razones de prudencia que aconsejaron a Pablo VI suspender el examen de las causas desaparecieron dos decenios más tarde. Cuando Juan Pablo II procedió a las primeras beatificaciones en 1987 había pasado más de medio siglo desde que ocurrieron aquellos sucesos y la situación política nacional había cambiado radicalmente con la muerte del general Franco en 1975 y la instaura-

ción de la monarquía constitucional y el retorno al pleno ejercicio de las libertades políticas.

El reconocimiento del martirio corresponde única y exclusivamente a la Iglesia, que tiene el derecho y el deber de estudiar y discernir quiénes de sus hijos han sido asesinados por la fe o por otros motivos. Si las razones de la muerte son el carácter político o social, la Iglesia nunca reconocerá el martirio, pues ello crearía escándalo y confusión. La Iglesia reconoce el martirio de los que siguieron a Cristo y los propone como ejemplos a imitar porque sabe que los santos, y en nuestro caso los mártires, fomentan la paz y la unidad entre los hombres de buena voluntad, ya que ellos fueron un ejemplo de tolerancia, sumisión, perdón y reconciliación.

A continuación, enumeramos los nombres de los nuevos beatos gallegos, de los que este libro recoge una semblanza biográfica:

1. Sergio Cid Pazo (Allariz-Ourense, 1886 - Barcelona, 30 julio 1936)
2. Gil Rodicio Rodicio (Requeixo-Ourense, 1888 - Sarriá, agosto 1936?)
3. Victoriano Fernández Reinoso (Olás-Ourense, 1913 - Madrid, 23 julio 1936)
4. Ramón Eirín Mayo (Montiño-La Coruña, 1911 - Madrid, 15 diciembre 1936)
5. Pío Conde Conde (Allariz-Ourense, 1887 - Madrid, 16-20 marzo 1937)
6. Salvador Fernández Pérez (Creciente-Tuy, 1870 - Madrid, 19 septiembre 1936)
7. Manuel Borrajo Míguez (Seoane-Ourense, 1915 - Carabanchel, 1-2 octubre 1936)
8. Virgilio Edreira Mosquera (La Coruña, 1909 - Madrid, 29 septiembre 1936)
9. Francisco Edreira Mosquera (La Coruña, 1914 - Madrid, 29 septiembre 1936)
10. Carmelo Juan Pérez Rodríguez (Vimianzo-Coruña, 1908 - Carabanchel, 1-2 octubre 1936)
11. Luis Martínez Alvarellos (La Coruña, 1915 - Guadalajara, 6 diciembre 1936)
12. Antonio Cid Rodríguez (Seoane-Ourense, 1890 - Bilbao, 25 septiembre 1936)
13. José Blanco Salgado (Ganade-Ourense, 1892 - Morón de la Frontera, 21 julio 1936)
14. Francisco Míguez Fernández (Corbillón-Ourense, 1887 - Málaga, 15 agosto 1936)

15. Manuel Fernández Ferro (Paradiñas-Ourense, 1898 - Málaga, 23 agosto 1936)

Nuestra publicación presenta a cinco Salesianos coruñeses, nueve ourensanos y uno tudense a cuya intercesión se podrá acudir; al primer rector de los Colegios Salesianos de Ourense y Allariz, Salvador Fernández Pérez, quien podrá ser venerado como Beato; al primer alumno del Seminario Diocesano de Ourense que sube a los altares... Las antiguas diócesis gallegas verán prácticamente duplicado en el año 2007 el número de sus santos. El objetivo último es darlos a conocer entre sus familiares y parroquias de origen, en los lugares por los que pasaron y diócesis donde fueron martirizados (Madrid, Barcelona, Málaga, Morón de la Frontera, Sevilla, Bilbao), para que se les pueda nombrar en la Eucaristía diaria pidiendo su protección, y así se conviertan para los suyos en los más naturales y oportunos mediadores ante Dios para sus necesidades e intenciones.

## V. Conferencia:

*Mártires españoles del siglo XX: la aportación Salesiana a la santidad gallega*

### 1. Introducción

La realidad martirial en la historia de la humanidad ha alcanzado episodios

inverosímiles. Siglo tras siglo, en unos y otros espacios, ideas y doctrinas controvertidas han ido sembrando nuestra tierra de muertes violentas con derramamiento de sangre por motivos de fe y religión, unas veces individuales, otras veces en colectividad. En realidad, Jesús había prevenido a sus seguidores: “os echarán mano y os perseguirán... por mi nombre; esto os sucederá para que deis testimonio” (Lc. 21, 12-13).

Martirio-testimonio, mártir-testigo, son términos que van aunados como causa y efecto de una misma realidad teológica, que empalma con la vida, muerte y redención de Jesús en cuanto que, como Buen Samaritano, se preocupó de los hombres y entregó su vida por su salvación. Es lo sucedido con estos religiosos de San Juan Bosco, reconocidos como mártires por la Iglesia. Ellos, sublimes samaritanos, al ser beatificados, quedaron unidos a tantos otros héroes cristianos que, a lo largo de los siglos, testimoniaron su fe en Jesús de Nazaret.

Para que los mismos no queden en el olvido, ni ellos en cuanto personas, ni tampoco su gesto vivencial y testimonial, hemos deseado dedicarles este humilde trabajo, en memoria de su beatitud. Se lo merecen, sin duda alguna, por lo mismo que nos dejaron un testimonio tan excelso de fe y de fidelidad a la tarea educativa de la juventud; porque les importó menos perder la vida - teológicamente la encontraron y de forma permanente -, y porque les in-

teresó más mantenerse concordes con su conciencia: a Dios, en primer lugar, su creencia y razón de su ser y existir, y también a su llamamiento vocacional y compromiso educativo con la infancia y la juventud.

Las biografías de estos quince hombres, pertenecientes a la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco, presentan una vida totalmente entregada a Dios para el servicio del prójimo. Al mismo tiempo, manifiestan dos ejes importantes e inseparables: la fidelidad dinámica y creativa de su vida vocacional, y la causa de su muerte violenta. Los indicadores históricos o de sociología religiosa que las enmarcan, ayudan a comprender e interpretar los datos expuestos y a entender que realmente existió una persecución religiosa<sup>1</sup>.

Si bien es cierto que la Iglesia, con su proverbial ponderación y prudencia, resistió durante muchos años a las presiones de quienes llegaron a pedir una canonización en masa de las víctimas de la persecución religiosa<sup>2</sup>, no es menos cierto que sería injusto prolongar indefinidamente esta situación. Y tanto más injusto sería si desde la misma Iglesia calláramos, ocultando, ignorando - o, peor aún, negando - los resultados de una investigación objetivamente histórica sobre los mismos. Se hace preciso estudiar la historia, prefiriendo los datos objetivos antes que las opiniones subjetivas que se puedan haber creado interesadamente en un momento cronológicamente posterior<sup>3</sup>.

Sería interesante recordar aquellas palabras de la Instrucción Pastoral que publicó la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la guerra civil española. Entre otros extremos, decía:

“la misión pacificadora de la Iglesia nos mueve a decir una palabra de paz con ocasión de este aniversario. Tanto más cuanto que las motivaciones religiosas estuvieron presentes en la división y enfrentamiento de los españoles. No sería bueno que la guerra civil se convirtiera en un asunto de que no se pueda hablar con libertad y objetividad. Los españoles necesitamos saber con serenidad lo que verdaderamente ocurrió en aquellos años de amargo recuerdo. Los estudiosos de la historia y de la sociedad tienen que ayudarnos a conocer la verdad entera acerca de los precedentes, las causas, los contenidos y las consecuencias de aquel enfrentamiento. Este conocimiento de la realidad es condición indispensable para que podamos superarla de verdad. Por ello hay que desautorizar los intentos de desfigurar aquellos hechos, omitiendo o aumentando cualquiera de sus elementos a favor de una posición determinada o en contra de personas, ideologías o instituciones”<sup>4</sup>.

Han pasado suficientes años como para poder estudiar los hechos serenamente y con la suficiente objetividad que garantice la claridad de juicio. Las fuentes, sinceramente realistas, enor-

memente humanas, reflejan la vivencia fiel de estos religiosos que realizaron esfuerzos heroicos para seguir siendo lo que eran, pese a vivir en circunstancias enormemente adversas y hostiles. Nos manifiestan el pleno convencimiento de que han muerto por Cristo.

## 2. La realidad del martirio en la historia de la Iglesia

El martirio ha sido siempre muy valorado en la Iglesia. En su larga historia de más de veinte siglos nunca han faltado los mártires. Todos los Apóstoles sufrieron martirio, si bien San Juan Evangelista no murió inmediatamente después de los suplicios mortales que le fueron infligidos. Bajo los emperadores romanos, desde el año 64, en que comenzó la persecución de Nerón, hasta el 313, fecha del edicto de Milán, que concedió libertad a la Iglesia, numerosas persecuciones contra los cristianos causaron el martirio de una muchedumbre de hombres y mujeres y hasta niños.

En los siglos posteriores, en una o en otra parte de la Iglesia, la persecución ha servido para probar la solidez de la fe de los mejores. Es imposible referirnos aquí, ni siquiera en rápida alusión, a cuantos dieron su vida por confesar su fe cristiana en todos los continentes. Sólo Dios conoce el número de los que han muerto por su fe en Cristo en los países de misión: muchos miles en el Japón, en la India, en Tonkín, en Corea, en China, en África.

Desde finales del siglo XVIII diversas revoluciones, además y aparte de las víctimas causadas por motivos políticos, han ocasionado la muerte de numerosos mártires: en Francia, en Rusia, en Méjico, en Polonia y Alemania, en España, etc. Ideologías anticristianas, de uno u otro signo, han querido arrancar las raíces cristianas o sofocar la vida cristiana y se han cobrado muchas víctimas. Hace unos años el Papa, Juan Pablo II, canonizó al P. Maximiliano Kolbe y lo declaró verdadero mártir, en cuanto que sufrió tormentos indecibles y la misma muerte por defender su fe frente a una ideología neopagana y anticristiana. Después beatificó al P. Tito Brandsma, víctima igualmente de la misma ideología, y a la religiosa carmelita Edith Stein, judía convertida, que pereció también en un campo de exterminio.

Incontables son también los que en Rusia, Méjico, China, España... entregaron sus vidas como víctimas de otra ideología anticristiana y antiteísta<sup>5</sup>. Y en nuestros días, en los últimos decenios y años, ¿quién podrá conocer con exactitud el número de los que han perecido por permanecer fieles a su fe? Nunca ha faltado ni faltará en la Iglesia el martirio. Sabemos bien que muchos hombres y mujeres también han dado su vida por defender sus ideas y muchas veces lo han hecho con nobleza y sinceridad, aunque objetivamente estuvieran equivocados. Los mártires cristianos, en cambio, no mueren por una simple idea, sino ante todo por amor y fidelidad a un Dios.



La declaración de santidad podemos decir que es tan antigua como la misma Iglesia. Una Iglesia santa no puede dejar de reconocer la santidad de algunos, al menos, de sus miembros, todos ellos llamados a la santidad. En los primeros siglos, esta declaración brotaba del sentido de la fe del pueblo, de la “*vox populi*”, que luego era aceptada por los jerarcas de la Iglesia. Con el paso del tiempo evoluciona el proceso para la declaración de santidad. A partir del siglo X se pedía con frecuencia la aprobación del Papa, y desde el siglo XIII se reservó exclusivamente a él. Los Papas Urbano VIII y, sobre todo, Benedicto XIV, en el siglo XVIII, establecieron las normas que han de seguirse en las dos fases de que consta la declaración de santidad: la beatificación y la canonización, ambas reservadas al Romano Pontífice.

¿Qué es, pues, una beatificación? Es una primera respuesta oficial y autorizada del Santo Padre a las personas que piden poder venerar públicamente a un cristiano que consideran ejemplar, con la cual se les concede permiso para hacerlo. La beatificación, pues, no impone nada a nadie en la Iglesia. Pide, eso sí, el respeto que merece una decisión del Papa, y el que merece la piedad de los hermanos cristianos. Por esto la memoria de los beatos no se celebra universalmente en la Iglesia, sino solamente en los lugares donde hay motivo para hacerlo y se pide. Incluso en estos casos, excepto cuando se trata del fundador de una Congregación, o de un

patrono, o de la iglesia donde está enterrado, la memoria es siempre libre y no obligatoria, para respetar el carácter propio de la beatificación. La fórmula de la beatificación puede proclamarla otro, por ejemplo, un cardenal, en nombre del Papa. Así se hacía habitualmente hasta los tiempos de Pablo VI, que empezó a hacerlo personalmente, y así se hace en la actualidad con el Papa Benedicto XVI.

¿Qué añade la canonización? La perspectiva es diferente. Es el Papa en persona quien lo realiza, y se propone que el nuevo santo sea venerado en toda la Iglesia. Esto, no obstante, no es lo mismo que insertar la celebración de este Santo o Santa en el calendario litúrgico universal. Los criterios para esto son de carácter tradicional y pedagógico<sup>6</sup>.

### 3. La Iglesia de los mártires

Bajo este epígrafe se pretende una introducción general, a modo de síntesis, del tema histórico de la persecución religiosa referido a España<sup>7</sup>. Se trata de un estudio necesario para entender el contexto socio-político de la persecución y el desarrollo de la misma, sin exaltarlo ni enaltecerlo de ninguna manera, sino para explicar, en la medida en que sea posible, de un modo neutro, el ámbito espacio-temporal en el que se dieron los trágicos hechos que afectaron a la pasión y muerte de tantos mártires de esta época y, especialmente, a los quince beatos gallegos, objeto de nuestra ponencia.

La persecución religiosa fue anterior al 18 de julio de 1936, no sólo por la quema y destrucción de iglesias, sino también por el asesinato de personas consagradas en Asturias durante la revolución comunista de octubre de 1934<sup>8</sup>. En estos momentos derramaron su sangre muchos sacerdotes y religiosos, entre ellos los diez mártires de Turón, nueve Hermanos de las Escuelas Cristianas y un Pasionista, canonizados el 21 de noviembre de 1999. Entonces faltaban dos años para el comienzo de la guerra y no existía provocación alguna del Ejército ni levantamiento armado contra el gobierno legítimo de la República. Por eso es insostenible la tesis defendida hasta la saciedad por una historiografía, tanto española como extranjera, que ha pretendido explicar el fenómeno persecutorio con la rebelión militar que desencadenó la contienda fratricida.

La tormenta de la persecución era imparable. Sobre el oscuro cielo de España se extendían diariamente negros nubarrones de persecución y de muerte. Cada amanecer llovían comunicados estimulando el enfrentamiento y sembrando odio contra todo lo religioso, a la vez que se ensalzaba el “buen hacer” de los defensores de la Patria. La prensa republicana desencadenó una intensa y muy estudiada campaña denigratoria contra la Iglesia y especialmente contra los sacerdotes. En realidad seguían siendo las noticias relámpago que brillaban dentro de la oscura borrasca iniciada con la nueva

ideología republicana. Prensa y radio lanzaban continuamente sus mensajes destructores de odio y de exterminio, lo que ellos llamaban “depuración religiosa”<sup>9</sup>.

Por tanto, España volvió a ser tierra de mártires desde esa fecha hasta el 1 de abril de 1939, pues en la zona republicana se desencadenó la mayor persecución religiosa conocida en la historia desde los tiempos del Imperio Romano, superior incluso a la Revolución Francesa. Fue un trienio trágico y glorioso a la vez, el de 1936 a 1939, que se debe recordar fielmente para que no se pierda la memoria histórica. Al finalizar la persecución, el número de mártires ascendía a casi diez mil: 13 obispos; 4.184 sacerdotes diocesanos y seminaristas, 2.365 religiosos, 283 religiosas y varios miles de seglares, de uno y otro sexo, militantes de Acción Católica y de otras asociaciones apostólicas, cuyo número definitivo todavía no es posible precisar<sup>10</sup>.

Si las cifras son elocuentes, no lo es menos el análisis de las mismas. Desde el 1 de enero de 1936 hasta el 18 de julio del mismo año habían sido asesinados 17 sacerdotes y religiosos en diversos lugares y circunstancias. Pero, durante los últimos días del mes de julio, el número de víctimas del clero ascendió a 861; y sólo el día de Santiago, patrón de España, 25 de julio, fueron martirizados 95 miembros del clero secular. En agosto se alcanzó la cifra más elevada, con un total de 2.077 asesi-



natos, que corresponden a una media de 70 al día, entre los cuales hay que incluir a diez obispos.

El 14 de septiembre, cuando Pío XI dirigió unas palabras de aliento a varios peregrinos españoles, no se habían cumplido todavía dos meses desde el comienzo de la revolución y las víctimas de la persecución religiosa se aproximaban a los 3.400. Desde comienzos de 1937 decrecieron sensiblemente, de forma que en julio de 1937, cuando los obispos publicaron la célebre pastoral colectiva sobre la guerra<sup>11</sup>, el clero sacrificado alcanzaba, ya la cifra de 6.500.

Por tanto, puede afirmarse que hubo 6.500 mártires, no en tres años, sino en menos de uno, con una España dividida en dos mitades desiguales y la perspectiva de una guerra todavía larga, que suscitaba en los obispos el temor de una total aniquilación de la Iglesia en la España que llamaban roja. No debe subestimarse la influencia que el eco mundial de la pastoral debió de tener, puesto que después de ella y hasta el fin de la guerra civil, tenemos 332 víctimas más, casi todas ellas del año 1937.

Durante estos años, en las mismas ciudades en las que se desarrolla la persecución y la destrucción, se reproduce una vez más una situación extraordinaria: la organización espontánea de una Iglesia de catacumba, en su estructura jurídica así como litúrgica y sacra-

mental. Al desconcierto inicial siguió un período de reorganización. Bien el obispo del lugar, bien la Santa Sede, nombraron a sacerdotes que continuaban viviendo ocultamente en la diócesis, pero con toda clase de facultades.

Aunque no se puede probar documentalmente que el Gobierno de la República ordenara la persecución general contra la Iglesia, sin embargo, no puede explicarse la crueldad y determinación con que fue llevada a cabo en tan pocos meses y en todo el territorio republicano, si no hubiesen existido consignas concretas de exterminio, que nada tenían que ver con la sublevación militar y los avances del Ejército en la zona llamada nacional. Varios datos nos permiten afirmar que la consigna fue terminante, y los hechos posteriores lo demostraron. Uno de los mayores errores de la República fue no haber comprendido que una parte mayoritaria de los españoles era católica y quería seguir siéndolo. España tenía una identidad católica<sup>12</sup>.

Los perseguidores formaron comités republicanos que recibieron diversos nombres - Milicias Armadas Obreras y Campesinas, Milicias de Vigilancia, Patrullas de Control, Guardia Popular Antifascista - y fueron de hecho los ejecutores materiales de disposiciones adoptadas en las más elevadas sedes políticas, que proveyeron además a facilitar armas a los civiles o milicianos, autores de los peores desmanes y crímenes. Todos estos comités actuaron

libremente y con total impunidad, protegidos y autorizados por las mismas autoridades políticas. Las detenciones y ejecuciones se realizaron sin intervención alguna del poder judicial, sin dar a las víctimas la posibilidad de defenderse y sin proceso alguno<sup>13</sup>.

El testimonio más elocuente de esta persecución lo dio Manuel de Irujo, ministro del Gobierno republicano, que en una reunión del mismo celebrada en Valencia - entonces capital de la República -, a principios de 1937, presentó el siguiente *Memorandum*:

La situación de hecho de la Iglesia, a partir de julio pasado, en todo el territorio leal, excepto el vasco, es la siguiente:

a. Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo muy contadas excepciones, han sido destruidos, los más con vilipendio.

b. Todas las iglesias se han cerrado al culto, el cual ha quedado total y absolutamente suspendido.

c. Una gran parte de los templos, en Cataluña con carácter de normalidad, se incendiaron.

d. Los parques y organismos oficiales recibieron campanas, cálices, custodias, candelabros y otros objetos de culto, los han fundido y aun han aprovechado para la guerra o para fines industriales sus materiales.

e. En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases, mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros modos de ocupación diversos.

f. Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa en los mismos. Sus edificios, objetos de culto y bienes de todas clases fueron incendiados, saqueados, ocupados y derruidos.

g. Sacerdotes y religiosos han sido detenidos, sometidos a prisión y fusilados sin formación de causa por miles, hechos que, si bien amenguados, continúan aún, no tan sólo en la población rural, donde se les ha dado caza y muerte de modo salvaje, sino en las poblaciones. Madrid y Barcelona y las restantes grandes ciudades suman por cientos los presos en sus cárceles sin otra causa conocida que su carácter de sacerdote o religioso.

h. Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios, buceando en el interior de las habitaciones, de vida íntima personal o familiar, destruye con escarnio y violencia, imágenes, estampas, libros religiosos y cuanto con el culto se relaciona o lo recuerda<sup>14</sup>.

Quizá esta valiente intervención de un ministro, que era republicano y católico, contribuyó a reducir drásticamente las consignas impartidas a los

milicianos y a contener la expansión del delirio persecutorio. Influyeron también razones de política internacional, pues era cada vez mayor el descrédito de la República ante las potencias extranjeras, ya que a las autoridades republicanas se les imputaba en última instancia la responsabilidad suprema de la persecución. Sólo al final de la guerra, en Barcelona existió una relativa tolerancia para los actos privados y se permitió la celebración por la calle de un funeral, con sacerdote y cruz alzada, que sirvió para que la propaganda republicana difundiera fotografías haciendo creer la existencia de una libertad religiosa que en realidad nunca existió.

La persecución religiosa fue la mayor tragedia conocida por la Iglesia en España y su tributo de sangre, a partir de 1936, el más ingente que registra la historia. Casi siete mil eclesiásticos fueron víctimas de un volcán de irracionalidad. La persecución religiosa tuvo un lento proceso de preparación y el cenit de su desarrollo coincidió con la rebelión militar del 18 de julio; el detallado análisis de sus características fundamentales confirmará, además de cuanto se lleva dicho, que los perseguidores actuaron casi siempre *in odium Fidei, in odium Ecclesiae*<sup>15</sup>. De lo contrario hubiese bastado la eliminación física de las víctimas, como se hizo con muchos laicos, y no el ensañamiento demostrado durante las torturas y vejámenes e incluso los ultrajes y profanaciones cometidos con los cuerpos exánimes y con los cadáveres ya destrozados.

#### 4. Los procesos de canonización de los mártires

Durante la persecución religiosa española hubo auténticos mártires. La investigación histórica lo ha demostrado y la Iglesia lo está reconociendo en casos concretos tras los correspondientes procesos canónicos. Casi todas las diócesis, órdenes y congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, recogieron datos, documentos y testimonios orales sobre sus respectivas víctimas - procedentes en gran parte de testigos presenciales de los hechos e incluso, en algunos casos, de los mismos ejecutores materiales de las muertes - con el fin de iniciar los procesos canónicos de beatificación.

Las actas de los procesos canónicos son muy rigurosas, ya que los numerosos testigos que declararon sobre cada uno de los casos de presunto martirio fueron sometidos al juramento previo sobre cuanto declaraban, y los expertos de la Santa Sede han realizado y siguen realizando un análisis minucioso de los hechos documentados para descubrir la verdad, disipar cualquier duda y verificar si en dichos casos se dieron las circunstancias para proclamar el martirio de la víctima y proceder, primero, a su beatificación y, más tarde, como culminación de todo el proceso canónico, a su canonización.

La Iglesia, con su acostumbrada prudencia, exigió que dichos procesos fuesen estudiados con mucha atención para impedir que el reconocimiento

del martirio pudiera ser instrumentalizado para fines políticos por el régimen vencedor de la guerra y para obtener todas las garantías necesarias sobre las circunstancias concretas de cada martirio. Pío XII se opuso a la canonización indiscriminada, apresurada y masiva de millares y millares de “caídos por Dios y por España”, según pretendía el régimen del general Franco. Así, el historiador Raguer refiere que “Serrano Súñer, en un discurso en Roma, llegó a hablar de los trescientos mil mártires que España había dado a la Iglesia, cuya sangre invocaba exigir de la Santa Sede ciertas compensaciones de tipo concordatario. Ante el veto de Roma a la canonización clamorosa, se dejó pasar un tiempo y luego se intentó avanzar de modo subrepticio”<sup>16</sup>.

Por su parte, Pablo VI decidió suspender temporalmente el examen de dichas causas como medida prudente. Pareció oportuno durante el régimen del general Franco suspender el examen de estos casos para que no fuesen aprovechados con fines propagandísticos. Las razones de prudencia que aconsejaron a Pablo VI suspender el examen de las causas desaparecieron dos decenios más tarde. Cuando Juan Pablo II procedió a las primeras beatificaciones en 1987 había pasado más de medio siglo desde que ocurrieron aquellos sucesos y la situación política nacional había cambiado radicalmente con la muerte del general Franco en 1975 y la instauración de la monarquía constitucional y el retorno al pleno ejercicio de las libertades políticas.

El reconocimiento del martirio corresponde única y exclusivamente a la Iglesia, que tiene el derecho y el deber de estudiar y discernir quiénes de sus hijos han sido asesinados por la fe o por otros motivos. Si las razones de la muerte son el carácter político o social, la Iglesia nunca reconocerá el martirio, pues ello crearía escándalo y confusión. La Iglesia reconoce el martirio de los que siguieron a Cristo y los propone como ejemplos a imitar porque sabe que los santos, y en nuestro caso los mártires, fomentan la paz y la unidad entre los hombres de buena voluntad, ya que ellos fueron un ejemplo de tolerancia, sumisión, perdón y reconciliación. Quien se escandalizare ante estos testigos sublimes del amor cristiano demostraría fariseísmo o pasión política.

## **5. En la primera beatificación de mártires del nuevo milenio**

El domingo 11 de marzo de 2001, el Santo Padre beatificaba en la plaza de San Pedro al sacerdote José Aparicio Sanz y doscientos treinta y dos compañeros martirizados en España entre 1936 y 1939: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, personas casadas y solteras; personas de todas las profesiones; miembros de la Acción Católica y de otros movimientos eclesiales. Son los primeros beatos del tercer milenio.

Al acto asistió una gran asamblea de fieles de todas las diócesis de origen de los mártires y numerosos miembros de

las órdenes y congregaciones religiosas a las que pertenecieron. Después del rito de introducción, se acercaron al altar para pedir la beatificación mons. Agustín García-Gasco Vicente, arzobispo de Valencia; el cardenal Ricardo María Carles Gordó, arzobispo de Barcelona; y mons. Francisco Ciuraneta Aymí, obispo de Lérida, con los catorce postuladores de las dieciséis causas. En nombre de todos mons. Agustín García-Gasco pidió al Romano Pontífice que beatificara a los doscientos treinta y tres siervos de Dios<sup>17</sup>.

El 11 de marzo de 2001, el Papa Juan Pablo II pronunció la fórmula de beatificación y estableció que de ahora en adelante se pueda celebrar su fiesta, en los lugares y del modo que marca el derecho, el día 22 de septiembre. La asamblea asintió con el canto del "Amén" y un gran aplauso, mientras se iba descubriendo el tapiz, que colgaba del balcón central de la fachada de la basílica. Al mismo tiempo, el coro de la capilla Sixtina cantaba el *Tibi laus, Domine*, alternándose con la asamblea, que cantaba el *Christus vincit*. Mons. Agustín García-Gasco Vicente, en nombre de los Ordinarios de las diócesis en que murieron los nuevos beatos, dio las gracias al Santo Padre<sup>18</sup>.

Entre los nuevos beatos se encontraba la causa salesiana con treinta y dos nuevos santos, pertenecientes a dos grupos de once y veintiuno miembros, de Valencia y Barcelona respectivamente. En 1936 la Sociedad Salesiana

tenía en España tres provincias, una de las cuales era la Tarraconense, que abarcaba Cataluña, Valencia y sendas casa de Aragón, Navarra y Baleares (concretamente Huesca, Pamplona y Ciudadela)<sup>19</sup>. A esta provincia pertenecen los dos primeros beatos biografiados en la presente publicación:

1. Sergio Cid Pazo (Allariz-Ourense, 1886 - Barcelona, 30 julio 1936)
2. Gil Rodicio Rodicio (Requeixo-Ourense, 1888 - Sarriá, agosto 1936?)

Los Salesianos profesos en la Inspectoría Tarraconense eran doscientos cuarenta y nueve, mientras que los novicios eran ocho. Habría que añadir algunos estudiantes que se hallaban en Roma, Madrid o Hispanoamérica, porque con su misión allá cumplían el servicio militar; los estudiantes ausentes eran unos diez. De todos los presentes en la Tarraconense fueron asesinados veintinueve, es decir, un 12 % aproximadamente. Los otros tres Siervos de Dios de este grupo fueron dos religiosas Salesianas y un seglar.

Apenas acabada la guerra, el P. Amadeo Burdeus sdb, licenciado en Historia, por mandato del P. Provincial recogió testimonios escritos de gran número de Salesianos de la Provincia y los recopiló en el libro *Lauros y palmas*. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense durante la revolución roja, editado en 1950 en las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarriá-

Barcelona y reeditado en 1958 con escasos cambios en el texto.

La obra tiene tres partes: las Casas, los confesores (encarcelados y escondidos) y los mártires, a los que dedica noventa páginas, explicando el itinerario martirial de los treinta y dos Siervos de Dios de la Provincia. En este trabajo se fundamenta nuestro estudio.

### **6. En la beatificación de 498 mártires del 2007**

Junto a la multitudinaria beatificación realizada por el Papa, Juan Pablo II, en el año 2001, se está a la espera en el año 2007 de otro evento de similares características, que será incluso superior en cuanto al número de aquéllos que han de ser elevados a los altares, aproximadamente unos quinientos Siervos de Dios. Corresponderá al pontificado de Benedicto XVI acoger la beatificación más numerosa que se haya conocido a lo largo de la bimilenaria historia de la Iglesia, precisamente seis años después de la de los 233 mártires ya referidos<sup>20</sup>. En total, 498 nuevos beatos, resultado del proceso laborioso de 23 causas. Con esta beatificación, la Familia Salesiana doblará prácticamente el número de sus santos<sup>21</sup>.

Dentro de los cinco centenares de mártires, se encuentran las causas de martirio *Matritensis*, 1957, e *Hispalensis* 1956, cuya documentación es relativa al asesinato por odio a la fe cristiana de diversos grupos de

Salesianos durante la persecución religiosa en España, 1936-1939. Ambas causas han sido unificadas en una sola, la *Positio Matriten, et Aliarum*, en 1985. Cada una de ellas aparecía encabezada con un nombre: P. Enrique Saiz, para la de la Inspectoría Madrileña, y P. Antonio Torrero, para la de la Inspectoría Sevillana. Finalmente, a los 42 mártires de la Inspectoría de Madrid, se han sumado los 21 de la Inspectoría andaluza formando el único grupo de 63 mártires Salesianos, unificados bajo el nombre del Siervo de Dios P. Enrique Saiz y sus 62 compañeros<sup>22</sup>.

El grupo de Madrid, formado por 42 Siervos de Dios, está compuesto por miembros de cinco comunidades salesianas: Carabanchel, Madrid (cuatro casas), Salamanca, Mohernando y Santander. En Madrid murieron veinticinco Siervos de Dios, en Guadalajara ocho, en Santander uno, en Bilbao uno, en Paracuellos cinco y en Aravacos. De los mismos, diez eran sacerdotes, catorce religiosos, catorce clérigos, dos postulantes, un aspirante y un operario<sup>23</sup>.

La Inspectoría Salesiana Céltica de Madrid contaba en 1936 con un total de 236 Salesianos y 17 novicios, que constituían 16 comunidades o casas distribuidas por el Centro y Norte de la Península. Si nos fijamos en el número de mártires, su porcentaje (16 %) es más elevado que el corresponde a la Inspectoría Tarraconense (12 %) y

doblado respecto al de la Bética (8 %). La causa de este número mayor parece que debe atribuirse, no sólo a la mayor duración del dominio marxista, sino a una mayor dureza de la persecución en Madrid y al hecho de haber seguido los Salesianos agrupados después de haber tenido que dejar sus casas<sup>24</sup>.

Por su parte, el grupo de Sevilla está formado por veintiuno Siervos de Dios. El más anciano era Félix Paco Escarpín, que contaba con 69 años en el momento de su muerte, y el más joven, Bartolomé Blanco Márquez, que contaba con 22 años. Casi todos fueron fusilados entre julio y octubre de 1936. Pertenecían a cinco comunidades de la Provincia Salesiana Bética: Ronda siete, Sevilla uno, Morón de la Frontera dos, Málaga ocho, Pozoblanco tres. De los mismos, doce eran sacerdotes, dos clérigos, cuatro religiosos laicos, tres cooperadores<sup>25</sup>.

En cuanto a su procedencia o provincia de la que eran naturales, conviene decir que tras los salmantinos con diez religiosos, aparecen los de Ourense con siete, junto a los de Burgos y Córdoba, también con siete. Siguen los coruñeses con cinco, y después, Álava, Málaga y Valladolid con tres, Huesca, Lérida y Valencia con dos, y por último, con uno, las provincias de Almería, Ávila, Gerona, Guipúzcoa, Huelva, León, Navarra, Oviedo, Pontevedra, Sevilla, Vizcaya y Zamora. Por tanto, tras los castellanos con veintitrés beatos, siguen andaluces y gallegos con trece.

La guerra civil española golpeó con especial fuerza a la Sociedad de San Francisco de Sales. Los Salesianos, en aquella época, estaban divididos en tres provincias, con cincuenta y tres casas para la educación de la juventud, habiendo mártires gallegos en todas ellas: la Tarraconense, con dos beatos; la Matritense, con once beatos; y la Bética, con tres.

En definitiva, tras este breve resumen, se puede captar la diversidad del grupo y la dificultad de tratarlo como un todo homogéneo, aparte de su condición de Salesianos y del martirio. A continuación, enumeramos los nombres de los nuevos beatos gallegos, de los que este libro recoge una semblanza biográfica de cada uno de ellos.

1. Victoriano Fernández Reinoso (Olás-Ourense, 1913 - Madrid, 23 julio 1936)
2. Ramón Eirín Mayo (Montiño-La Coruña, 1911 - Madrid, 15 diciembre 1936)
3. Pío Conde Conde (Allariz-Ourense, 1887 - Madrid, 16-20 marzo 1937)
4. Salvador Fernández Pérez (Creciente-Tuy, 1870 - Madrid, 19 septiembre 1936)
5. Manuel Borrajo Míguez (Seoane-Ourense, 1915 - Carabanchel, 1-2 octubre 1936)



6. Virgilio Edreira Mosquera (La Coruña, 1909 - Madrid, 29 septiembre 1936)

7. Francisco Edreira Mosquera (La Coruña, 1914 - Madrid, 29 septiembre 1936)

8. Carmelo Juan Pérez Rodríguez (Vimianzo-Coruña, 1908 - Carabanchel, 1-2 octubre 1936)

9. Luis Martínez Alvarellos (La Coruña, 1915 - Guadalajara, 6 diciembre 1936)

10. Antonio Cid Rodríguez (Seoane-Ourense, 1890 - Bilbao, 25 septiembre 1936)

11. José Blanco Salgado (Ganade-Ourense, 1892 - Morón de la Frontera, 21 julio 1936)

12. Francisco Míguez Fernández (Corbillón-Ourense, 1887 - Málaga, 15 agosto 1936)

13. Manuel Fernández Ferro (Paradiñas-Ourense, 1898 - Málaga, 23 agosto 1936)

## 7. Conclusión

A los sacerdotes, religiosos y seglares que entregaron sus vidas por Dios y sólo por Dios - sin que la historia registre en el caso de los sacerdotes ni una sola defección - el pueblo les consideró santos y comenzó a llamarles mártires

cuando se tuvo noticia de que además de la muerte habían sufrido terribles torturas, mutilaciones corporales y toda clase de vejámenes morales que testimonian, por una parte, que los perseguidores habían llegado al máximo nivel de degradación humana y por otra, que las víctimas soportaron con heroica entereza el suplicio y la muerte por Dios.

El calificativo de mártires lo recibieron muy pronto también de la jerarquía y del mismo Papa. El 14 de septiembre de 1936, recibiendo a quinientos prófugos españoles, que habían conseguido escapar de la persecución religiosa, Pío XI exaltó el heroísmo de la fe y el martirio de las víctimas en un extenso discurso que ha quedado como el más elevado testimonio del carácter antirreligioso de la violencia homicida contra la Iglesia en la España de 1936<sup>26</sup>. Un mismo sentir refleja el testimonio autorizado de Pío XII, en el mensaje radiofónico dirigido a los fieles el 16 de abril de 1939, al finalizar la guerra civil<sup>27</sup>.

Una lectura pausada de los hechos plantea algunos interrogantes serios a los que queremos dar respuesta a lo largo de este estudio. ¿Por qué los mataron...? En 1936, con independencia de los que murieron directamente en la contienda, hubo miles de víctimas inocentes, desde el niño al que alcanzó la metralla por puro azar, hasta la venganza personal, el ajuste de cuentas o el asesinato para incautarse de unos



bienes, o por hacer desaparecer al enemigo político. Ninguna de estas circunstancias concurren en la muerte de estos religiosos Salesianos.

Ellos tampoco pertenecían a ningún partido, ni tenían ninguna filiación política. Tampoco poseían bienes de los que se pudieran aprovechar a su muerte. Los pocos edificios de los que la Sociedad Salesiana era propietaria o administradora, ya estaban incautados y convertidos en checas u oficinas del gobierno, sin posible oposición. No llevaban encima dinero, ni alhajas, ni ropa que valiera materialmente lo que costara la pólvora. El tema económico queda descartado, no tendría sentido. El único delito sobre el que son interrogados y ellos confiesan llanamente, es por ser “sacerdotes Salesianos”. Mueren por ser Salesianos, sólo por eso.

¿Qué es lo que persiguen en la persona de los Salesianos? Es evidente que hubo persecución religiosa, cuyas primeras víctimas fueron los obispos, como representantes más directos de la Iglesia como institución, pero los Salesianos no tenían peso en la Iglesia jerárquica, su influencia se reducía a las instituciones de acción social y educativa. Ahora bien, lo que los enemigos llamaron brutalmente la “hidra religiosa” no podía quedar totalmente destruida mientras existiera la posibilidad del servicio ofrecido por los Salesianos no sólo a través de sus centros e institutos, sino también de sus mismos individuos. Evidentemente

tenía sentido perseguir y matar a los religiosos, porque lo que se perseguía y se pretendía era erradicar a Dios del mundo de los niños, de los jóvenes, de las familias y de los pobres. El amor a Dios, a la Comunidad Salesiana y al prójimo fue en estos quince religiosos capaz de vencer a la muerte, de ganar la olimpiada del amor que les llevaría a la verdadera vida.

Recordemos el siguiente fragmento extraído de la homilía pronunciada por el Papa, Juan Pablo II, durante la Santa Misa de la beatificación celebrada en la plaza de San Pedro el domingo 11 de marzo de 2001:

“en diversas ocasiones he recordado la necesidad de custodiar la memoria de los mártires. Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos. Es preciso que las Iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio”<sup>28</sup>.

Al que podemos añadir este otro, del discurso dirigido en la basílica de San Pedro a los peregrinos que habían participado en la beatificación, del lunes 12 de marzo:

“su testimonio no se puede ni se debe olvidar. Ellos manifiestan la vitalidad de vuestras Iglesias locales”<sup>29</sup>.

Interpelado por estas palabras no ha sido otra mi intención que la de dar a conocer los relatos biográficos de los nuevos beatos de nuestras antiguas diócesis gallegas de Santiago de Compostela, Tuy-Vigo y Ourense a través de sus “positio super martyrio”. Justo ha sido, pues, refrescar la memoria de aquellos que nos precedieron en gesto tan elocuente de entrega heroica, y aprovechar esta oportunidad para honrar a tan valerosos religiosos, y en ellos a la Iglesia, a sus familias y a la Orden de San Juan Bosco, evocándolos individualmente, en especial entre los suyos y paisanos. En signo de unidad, de paridad testimonial y de fraterna intercesión, todos juntos unidos a otros compañeros mártires, han de tener bien pronto una fecha señalada por la Iglesia para su conmemoración.

Pero al ser tantos y festejarles unidos en una misma celebración, queda difuminada, en cierta medida, su identificación individual. Por eso mismo y con razón, las parroquias de origen o sus familias, oportunamente, los han de conmemorar, independientemente de

la fecha litúrgica, en el “dies natalis”, o de su beatificación, e incluso se les ha de nombrar en la Eucaristía diaria pidiendo su protección. Esto último es lo congruente, puesto que la beatificación conlleva también, entre sus primordiales objetivos, la veneración e intercesión, convirtiéndose en medio de los suyos, en los más naturales y oportunos mediadores ante Dios para sus necesidades e intenciones.

Ya se les viene recordando en los lugares en que tuvo lugar el martirio y donde hay presencia salesiana. Pues bien, ojalá que prenda su veneración y culto en medio de las parroquias de donde eran nativos, así como en las catedrales compostelana, tudense y ourensana, y allí donde se les quiera venerar en nuestras antiguas diócesis gallegas que se felicitan por ver prácticamente duplicado en el año 2007 el número de sus santos.

José Ramón Hernández Figueiredo  
*Delegado de la Causa de los Santos*

## NOTAS

- 1 La bibliografía sobre el tema es inmensa. Aquí sólo hago referencia a algunos de los estudios más importantes. A. Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1939*, Madrid: BAC, 1999<sup>2</sup>; V. Cárcel Ortí, *La Iglesia durante la II República y la Guerra Civil (1931-39)*, en *Historia de la Iglesia en España*, ed. R. García Villoslada, Madrid: BAC, 1979; Id., *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1939)*, Madrid: Rialp, 1990<sup>2</sup>; Id., *Mártires españoles del siglo XX*, Madrid: BAC, 1995; Id., *Buio sull'altare. La persecuzione religiosa spagnola, 1931-1939*, Roma: Città Nuova, 1999; A. D. Martín Rubio, *La persecución religiosa de 1936-1939: estado de la cuestión y propuestas historiográficas*, en *HispSac* 49 (1997), 43-71.

- 2 V. Cárcel Ortí, *La persecución religiosa durante la Segunda República española (1931-1939)*, o.c., p. 34.
- 3 J. F. Guijarro García, *Persecución religiosa y guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2006, p. 19.
- 4 *Constructores de paz*, en *BOCEE* III, 9 (enero-marzo 1986), p. 15.
- 5 Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, n. 22.
- 6 Pedro Tena, *Precisiones sobre beatificaciones y canonizaciones*, en *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo* (1992), pp. 597-599.
- 7 Sobre la política religiosa de los republicanos durante la guerra cfr. R. Salas Larrázabal, *Situación de la Iglesia en la España Republicana durante la Guerra Civil*, en *Iglesia, sociedad y política en la España contemporánea*, San Lorenzo de El Escorial: Ciudad Nueva, 1983, pp. 185-231.
- 8 F. Aguado Sánchez, *La Revolución de octubre de 1934*, Madrid: Ed. S. Martín, 1972; A. Garralda, *La persecución religiosa del clero en Asturias*, Avilés, 1977, 2 vols. Se llegará a afirmar: “la sublección de Asturias en octubre de 1934 fue un intento en plena regla de ejecución del plan comunista de conquistar España” en G. Marañón, *Obras Completas: Artículos y otros trabajos*, t. IV, Madrid: Espasa-Calpe, 1968, p. 378.
- 9 A. Álvarez Bolado, *Guerra civil y universo religioso. Fenomenología de una implicación (I). Primer semestre: 18 julio 1936 - 24 enero 1937*, en *MisCom* 44 (1986), pp. 233-300; Id., *Guerra civil y universo religioso. Fenomenología de una implicación (II). Segundo semestre: 24 enero - 31 julio 1937*, en *MisCom* 45 (1987), pp. 417-505; 47 (1989), pp. 3-86; Id., *Para ganar la guerra. Para ganar la paz*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1995.
- 10 Un serio intento de enumerar las víctimas de la persecución religiosa en España está siendo el continuo trabajo de investigación de A. D. Martín Rubio, *Paz, piedad, perdón... y verdad*, Madrid: Editorial Fénix, 1997; Id., *Salvar la memoria. Una reflexión sobre las víctimas de la Guerra Civil*, Badajoz: Fondo de Estudios Sociales, 1999.
- 11 La primera edición salió en Pamplona en 1937, preparada por Gráficas Bescansa, en un opúsculo de 32 páginas de título *Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra de España*. Fue traducida en 14 lenguas, con 36 ediciones. Cfr. *Documentos colectivos del episcopado español. 1870-1974*, o.c., pp. 219-242; A. Montero Moreno, o.c., pp. 728-732; J. M<sup>a</sup>. Laboa Gallego, *Iglesia e Intolerancias: la guerra civil*, Madrid: Atenas, 1987, pp. 193-201; A. Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz*, Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 1995, pp. 68-71.
- 12 V. Cárcel Ortí, *Buio sull'altare. La persecuzione religiosa spagnola, 1931-1939*, o.c., pp. 81-91.
- 13 S. G. Payne, *La primera democracia española. La Segunda República 1931-1936*, Barcelona, 1995, pp. 319-327, 344-347, 378ss.
- 14 El texto íntegro del *memorandum* se publicó en la obra de Andrés de Irujo, hermano de Manuel, con el seudónimo A. de Lizarra, *Los vascos y la República española. Contribución a la historia de la guerra civil*, Buenos Aires: Ed. Vaca Ekln, 1944, pp. 201ss. Sobre este ministro, cfr. J. M<sup>a</sup>. Margenat Peralta, *Manuel de Irujo: la política religiosa de los gobiernos de la República en la guerra civil (1936-1939)*, en *CHM* 9 (1983), pp. 175-193; P. Vignaux, *Manuel de Irujo. Ministre de la République dans la guerre d'Espagne 1936-1939*, París: Beauchesne, 1986.
- 15 Cfr. J. L. Gutiérrez, *La certezza morale nelle cause di canonizzazione, specialmente nella dichiarazione di martirio*, en *IEcl* 3 (1991), pp. 645-670. Este elemento es fundamental para reconocer la santidad por martirio de las víctimas.

- 16 V. Cárcel Ortí, *Mártires españoles del siglo XX*, o.c., p. 35, nota 31.
- 17 *OR*, edición española, XXXIII, 11 (16 marzo 2001), p. 5, en donde se reproduce la crónica de la solemne ceremonia de beatificación.
- 18 *Ibíd.*, p. 10.
- 19 ACCS, *Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Josephi Calasanz Marques et XXXII sociorum Societatis S. Francisci Salesii in odium fidei, uti fertur, interfectorum. Positio super martyrio*, Roma: Tipografía Guerra, 1995, p. 4, en J 67<sup>a</sup>, H 47, A 80.
- 20 Cfr. Ramón Alberdi, *Mártires salesianos de Valencia y Barcelona (1936-1938)*, Madrid: Editorial CCS, 2002.
- 21 [www.portaldonbosco.es](http://www.portaldonbosco.es), p. 1.
- 22 Congregatio de Causis Sanctorum, *Matriten et Aliarum. Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Dei Henrici Saiz Aparicio et LXII Sociorum e Societate Sancti Francisci Salesii in odium fidei, uti fertur, interfectorum (1936-1937). Positio super Martyrio*, Roma: Tipografía Guerra, 1995, pp. 1-13 [*Storia della Causa*].
- 23 *Ibíd.*, pp. 1-2 [*Elenchus Martyrum*].
- 24 *Ibíd.*, pp. 3-4 [*Informatio*].
- 25 *Ibíd.*, pp. 1-2 [*Elenchus Martyrum*].
- 26 Pío XI, *Discurso a los terciarios franciscanos*, en *Discorsi di Pio XI*, vol. III, pp. 554-562.
- 27 Pío XII, *Mensaje radiofónico del 16 de abril de 1939*, en AAS 31 (1939), p. 151.
- 28 *OR*, edición española, XXXIII, 11 (16 marzo 2001), p. 10.
- 29 *Ibíd.*, p. 10.

IGLESIA EN ESPAÑA

---

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### Nota de Prensa

*Mons. D. Agustín García-Gasco Vicente y Mons. D. Lluís Martínez Sistach  
nuevos cardenales de la Iglesia Católica*

*El Papa, Benedicto XVI, anuncia para el próximo 24 de noviembre la celebración de su segundo Consistorio Ordinario Público, en el que también será creado Cardenal el español P. Urbano Navarrete, S.J.*

#### ***Formarán parte del Colegio Cardenalicio diez cardenales españoles, seis de ellos electores***

El Papa, Benedicto XVI, ha anunciado esta mañana la celebración de su segundo Consistorio Ordinario Público para el próximo 24 de noviembre, en el que creará 23 nuevos cardenales. Entre ellos, tres españoles: el Arzobispo de Valencia, Mons. D. Agustín García-Gasco Vicente, el Arzobispo de Barcelona, Mons. D. Lluís Martínez Sistach, y el jesuita Urbano Navarrete Cortés, Rector emérito de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

#### **Mons. García-Gasco, Arzobispo de Valencia desde 1992**

Mons. García-Gasco nació en Corral de Almaguer (Toledo) el 12 de febrero de 1931. Ingresó en el Seminario de Madrid-Alcalá en 1944. El 26 de mayo de 1956 fue ordenado sacerdote en Madrid. Es Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia Comillas (1969); Diplomado en Sociología

Industrial y Relaciones Humanas por el Instituto Jaime Balmes (1970); Diplomado en Ciencias Empresariales (Barcelona, 1976); y Diplomado en Técnicas de Grupo (Centro de Psicología, Madrid, 1977).

Tras su ordenación sacerdotal, en 1956, fue nombrado Párroco de Villamanta (Madrid). Un año después, en 1957, se le nombra Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana y Profesor de la Escuela de Cursos de Cristiandad. Compaginó estas tareas pastorales hasta el año 1964. Además, fue profesor de la Escuela de Cursos de Cristiandad (1957-1966); Asesor Religioso de la Comisaría de Extensión Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia y de la Diputación Provincial de Madrid (1958-1970); miembro de la Junta de Pastoral Diocesana (1963-1966) y Párroco del Santísimo Cristo del Amor, en Madrid (1964-1966).

En 1966 fue nombrado Prefecto de Teólogos y Profesor del Seminario de Madrid, cargo que desempeñó hasta 1970, año en que fue nombrado Párroco de Santiago y San Juan Bautista, en Madrid, donde permaneció hasta 1975; Secretario General de la Institución Arzobispo Claret, hasta 1980; y miembro del Secretariado

Nacional del Clero hasta 1973, cuando fue nombrado Delegado Diocesano, cargo que ocupó hasta 1977. Además, fue Profesor de Religión de la U.N.E.D (1973-1976); Fundador y Director del Instituto Internacional de Teología a Distancia (1973).

En 1977, Mons. Vicente Enrique y Tarancón le nombra Vicario Episcopal de la Vicaría III, de Madrid. En 1979, recibe el nombramiento como Profesor del Instituto Teológico *San Dámaso*. Ambos cargos los desempeñó hasta su nombramiento episcopal.

El día 20 de marzo de 1985 es nombrado Obispo Titular de Nona y Auxiliar de Madrid-Alcalá y recibe la ordenación episcopal el día 11 de mayo del mismo año. Posteriormente, en 1988, es nombrado Secretario General de la Conferencia Episcopal Española por un período de cinco años. En 1990 asume la presidencia del Instituto Internacional de Teología a Distancia, hoy denominado Instituto Superior de Ciencias Religiosas *San Agustín*. El Papa Juan Pablo II le nombra Arzobispo de Valencia el día 24 de julio de 1992 y toma posesión de la Archidiócesis el día 3 de octubre del mismo año. En 1995 es nombrado Miembro del Comité de Presidencia del Pontificio Consejo para la Familia.

En la CEE, ha sido Secretario General de 1988 a 1993. Ha presidido la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales de 1996 a 2002

y actualmente preside la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, cargo que desempeña desde abril de este mismo año. Es miembro de la Comisión Permanente y ha pertenecido a las Comisiones Episcopales de Enseñanza y Catequesis (1985-1988/1993-1996), Mixta (1993-1996) y Relaciones Interconfesionales (2002-2005).

### **Mons. Martínez Sistach, Arzobispo de Barcelona desde 2004**

Mons. Lluís Martínez Sistach nació en Barcelona el 29 del abril de 1937. Cursó los Estudios Eclesiásticos en el Seminario Mayor de Barcelona entre los años 1954 y 1961. Fue ordenado sacerdote el 17 de septiembre de 1961 en Cornellá de Llobregat. Entre 1962 y 1967 cursó estudios jurídicos en la Pontificia Universidad Lateranense de Roma, doctorándose en Derecho Canónico y Civil.

Entre 1963 y 1967 fue coadjutor en la parroquia de "Sant Pere" en Gava; entre 1967 y 1973, Notario del Tribunal Eclesiástico de Barcelona; de 1971 a 1979, Vicario Judicial Adjunto del Tribunal Eclesiástico de Barcelona; de 1975 a 1987, Profesor de Derecho Canónico de la Facultad de Teología de Cataluña y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona; y entre 1979 y 1987, Vicario General de la archidiócesis de Barcelona. En 1983 fue elegido Presidente de la Asociación Española de Canonistas.



Elegido Obispo titular de Aliezira y nombrado Obispo auxiliar de Barcelona el 6 de noviembre de 1987, recibió la ordenación episcopal el 27 de diciembre de ese mismo año. Fue nombrado Obispo de Tortosa el 17 de mayo de 1991. El 20 de febrero de 1997 fue promovido a Arzobispo Metropolitano de Tarragona. El 15 de junio de 2004 se hacía público su nombramiento como Arzobispo Metropolitano de Barcelona.

En la CEE, pertenece al Comité Ejecutivo, desde marzo de 2005, y a la Comisión Permanente, desde el año 2002. Entre 1990 y 2002 presidió la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos.

En la Curia Romana, es miembro del Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos de la Iglesia y consultor del Pontificio Consejo para los Laicos. Desde julio de 2006 es también Miembro del Tribunal de la Signatura Apostólica.

Desde 1999 es miembro del “Consell Social de la Llengua Catalana” de la Generalitat de Catalunya.

### **P. Navarrete Cortés, SJ., rector emérito de la Pontificia Universidad Gregoriana**

El P. Urbano Navarrete Cortés, SJ., nació el 25 de mayo de 1920, en Camarena de la Sierra (Teruel). Tiene en la actualidad 87 años, por lo que será cardenal no elector. Fue ordena-

do sacerdote en 1952, en el Congreso Eucarístico de Barcelona. Profesor de Derecho Canónico en la especialidad de Derecho Matrimonial. Fue nombrado Rector de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, por el Papa, Juan Pablo II, en noviembre de 1980. Consultor de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, de la Congregación para las Causas de los Santos, de la Comisión de Reforma del Derecho Canónico, y del Secretariado para la Unión de los Cristianos, además de refendario de la Signatura Apostólica. Mañana está prevista la presentación de su obra *Derecho matrimonial canónico. Evolución a la luz del Concilio Vaticano II* publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). El acto tendrá lugar a las 12,00 h. en la Facultad de Teología San Dámaso, de Madrid, y contará con la presencia del nuevo cardenal.

### **Diez cardenales españoles**

En el nuevo Colegio Cardenalicio se contará con diez cardenales españoles. Actualmente hay siete, cuatro electores y tres con más de 80 años. De los cuatro cardenales electores, tres residen en España: el Cardenal Antonio M<sup>a</sup> Rouco Varela, Arzobispo de Madrid; el Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo de Sevilla; y el Arzobispo de Toledo, el Cardenal Antonio Cañizares Llovera. Reside en Roma el Cardenal Julián Herranz Casado, Presidente emérito del Consejo Pontificio para los

Textos Legislativos y Presidente de la Comisión Disciplinar de la Curia Romana.

Son cardenales españoles no electores: el Cardenal Francisco Álvarez Martínez (1925); Arzobispo emérito de

Toledo; el Cardenal Ricard M<sup>a</sup> Carles Gordó (1926), Arzobispo emérito de Barcelona; y el Cardenal Eduardo Martínez Somalo (1927), Prefecto emérito de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

IGLESIA UNIVERSAL

---

---



## IGLESIA UNIVERSAL

### SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

#### ÁNGELUS

*Domingo 7 de octubre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Este primer domingo de octubre nos ofrece dos motivos de oración y de reflexión: *la memoria de la Bienaventurada Virgen María del Rosario*, que se celebra precisamente hoy, y *el compromiso misionero*, al que está dedicado este mes de modo especial. La imagen tradicional de la Virgen del Rosario representa a María que con un brazo sostiene al Niño Jesús y con el otro presenta el rosario a santo Domingo. Esta significativa iconografía muestra que el rosario es un medio que nos ofrece la Virgen para contemplar a Jesús y, meditando su vida, amarla y seguirlo cada vez con más fidelidad. Es la consigna que la Virgen dejó también en diversas apariciones. Pienso, de modo particular, en la de Fátima, acontecida hace 90 años. A los tres pastorcillos Lucía, Jacinta y Francisco, presentándose como “la Virgen del Rosario”, les recomendó con insistencia rezar el rosario todos los días, para obtener el fin de la guerra. También nosotros queremos acoger la petición materna de la Virgen, comprometiéndonos a rezar con fe el rosario por la paz en las familias, en las naciones y en el mundo entero.

Sin embargo, sabemos que la verdadera paz se difunde donde los hombres y las instituciones se abren al Evangelio. El mes de octubre nos ayuda a recordar esta verdad fundamental mediante una especial animación que tiende a mantener vivo el espíritu misionero en todas las comunidades y a sostener el trabajo de todos aquellos -sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos- que trabajan en las fronteras de la misión de la Iglesia.

Con especial esmero nos preparamos para celebrar, el próximo 21 de octubre, la Jornada mundial de las misiones, que tendrá como tema: “Todas las Iglesias para todo el mundo”. El anuncio del Evangelio sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe a la humanidad, para ofrecer la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo, humillado y oprimido de tantas maneras, y para orientar en sentido cristiano las transformaciones culturales, sociales y éticas que se están produciendo en el mundo.

Este año, un motivo ulterior nos impulsa a un renovado compromiso misionero: el 50° aniversario de la encíclica *Fidei donum*, del siervo de Dios, Pío XII, que promovió y animó la cooperación entre las Iglesias para la mi-

sión *ad gentes*. Me complace recordar también que hace 150 años partieron hacia África, precisamente hacia el actual Sudán, cinco sacerdotes y un laico del instituto de don Mazza, de Verona. Entre ellos estaba san Daniel Comboni, futuro obispo de África central y patrono de aquellas poblaciones, cuya memoria litúrgica se celebra el próximo 10 de octubre.

A la intercesión de este pionero del Evangelio y de los demás numerosos santos y beatos misioneros, particularmente a la protección materna de la Reina del Santo Rosario, encomendamos a todos los misioneros y misioneras. Que María nos ayude a recordar que todo cristiano está llamado a anunciar el Evangelio con su palabra y con su vida.

*Plaza de San Pedro,  
Domingo, 14 de octubre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelio de este domingo presenta a Jesús que cura a diez leprosos, de los cuales sólo uno, samaritano y por tanto extranjero, vuelve a darle las gracias (cf. *Lc* 17, 11-19). El Señor le dice: “Levántate, vete: tu fe te ha salvado” (*Lc* 17, 19). Esta página evangélica nos invita a una doble reflexión.

Ante todo, nos permite pensar en dos grados de curación: uno, más su-

perficial, concierne al cuerpo; el otro, más profundo, afecta a lo más íntimo de la persona, a lo que la Biblia llama el “corazón”, y desde allí se irradia a toda la existencia. La curación completa y radical es la “salvación”. Incluso el lenguaje común, distinguiendo entre “salud” y “salvación”, nos ayuda a comprender que la salvación es mucho más que la salud; en efecto, es una vida nueva, plena, definitiva.

Además, aquí, como en otras circunstancias, Jesús pronuncia la expresión: “Tu fe te ha salvado”. Es la fe la que salva al hombre, restableciendo su relación profunda con Dios, consigo mismo y con los demás; y la fe se manifiesta en el agradecimiento. Quien sabe agradecer, como el samaritano curado, demuestra que no considera todo como algo debido, sino como un don que, incluso cuando llega a través de los hombres o de la naturaleza, proviene en definitiva de Dios. Así pues, la fe requiere que el hombre se abra a la gracia del Señor; que reconozca que todo es don, todo es gracia. ¡Qué tesoro se esconde en una pequeña palabra: “gracias”!

Jesús cura a los diez enfermos de lepra, enfermedad en aquel tiempo considerada una “impureza contagiosa” que exigía una purificación ritual (cf. *Lv* 14, 1-37). En verdad, la lepra que realmente desfigura al hombre y a la sociedad es el pecado; son el orgullo y el egoísmo los que engendran en el corazón humano indiferencia, odio y

violencia. Esta lepra del espíritu, que desfigura el rostro de la humanidad, nadie puede curarla sino Dios, que es Amor. Abriendo el corazón a Dios, la persona que se convierte es curada interiormente del mal.

“Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15). Jesús inició su vida pública con esta invitación, que sigue resonando en la Iglesia, hasta el punto de que también la santísima Virgen, especialmente en sus apariciones de los últimos tiempos, ha renovado siempre esta exhortación. Hoy pensamos, de modo particular, en Fátima donde, exactamente hace 90 años, desde el 13 de mayo hasta el 13 de octubre de 1917, la Virgen se apareció a los tres pastorcillos: Lucía, Jacinta y Francisco.

Gracias a las conexiones radiotelevisivas, quiero hacerme presente espiritualmente en aquel santuario mariano, donde el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado, ha presidido en mi nombre las celebraciones conclusivas de un aniversario tan significativo. Lo saludo cordialmente a él, a los demás cardenales y obispos presentes, a los sacerdotes que trabajan en el santuario y a los peregrinos que han acudido de todas las partes del mundo con esta ocasión.

Pidamos a la Virgen para todos los cristianos el don de una verdadera conversión, a fin de que se anuncie y se testimonie con coherencia y fidelidad el perenne mensaje evangélico, que in-

dica a la humanidad el camino de la auténtica paz.

*Plaza del Plebiscito,  
Domingo, 21 de octubre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de esta solemne celebración, os renuevo a todos vosotros, queridos amigos de Nápoles, mi saludo y mi agradecimiento por la cordial acogida que me habéis reservado, a pesar de las condiciones un poco difíciles. Dirijo un saludo particular a las delegaciones que han venido de diversas partes del mundo para participar en el Encuentro internacional por la paz, organizado por la Comunidad de San Egidio, que tiene como tema: “Por un mundo sin violencia: religiones y culturas en diálogo”. Quiera Dios que también esta importante iniciativa cultural y religiosa contribuya a consolidar la paz en el mundo.

Oremos por esta intención; pero oremos hoy también, y de modo especial, por los misioneros. En efecto, se celebra la Jornada mundial de las misiones, que tiene un lema muy significativo: “*Todas las Iglesias para todo el mundo*”. Cada Iglesia particular es corresponsable de la evangelización de toda la humanidad, y esta cooperación entre las Iglesias fue incrementada por el Papa, Pío XII, con la encíclica *Fidei donum*, hace 50 años. Que no falte

nuestro apoyo espiritual y material a cuantos trabajan en las fronteras de la misión: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que a menudo encuentran en su trabajo graves dificultades, y a veces incluso persecuciones.

Encomendemos estas intenciones de oración a María santísima, a la que durante el mes de octubre solemos invocar con el título con que es venerada en el cercano santuario de Pompeya: Reina del Santo Rosario. A ella le encomendamos, en particular, a los numerosos inmigrantes que han venido aquí en peregrinación desde Caserta. Que la Virgen santísima proteja también a quienes, de diversos modos, se comprometen por el bien común y por un orden justo de la sociedad, como se subrayó bien durante la 45ª Semana social de los católicos italianos, que

se celebró precisamente durante estos días en Pistoya y en Pisa, a cien años de la primera Semana, promovida sobre todo por Giuseppe Toniolo, ilustre figura de economista cristiano.

Son muchos los problemas y los desafíos que tenemos hoy ante nosotros. Se requiere un fuerte compromiso de todos, especialmente de los fieles laicos que actúan en el campo social y político, para garantizar a toda persona, y de modo especial a los jóvenes, las condiciones indispensables para desarrollar sus talentos naturales y madurar generosas opciones de vida al servicio de sus propios familiares y de toda la comunidad. Con este fin queremos colaborar todos.

Y ahora nos dirigimos a la Virgen con el acostumbrado rezo del Ángelus.

## AUDIENCIAS GENERALES

*Miércoles, 3 de octubre de 2007*  
*San Cirilo de Alejandría*

*Queridos hermanos y hermanas:*

También hoy, continuando nuestro camino siguiendo las huellas de los Padres de la Iglesia, nos encontramos con una gran figura: san Cirilo de Alejandría. Vinculado a la controversia cristológica que llevó al concilio de

Éfeso del año 431 y último representante de relieve de la tradición alejandrina, san Cirilo fue definido más tarde en el Oriente griego como “custodio de la exactitud” -que quiere decir custodio de la verdadera fe- e incluso como “sello de los Padres”. Estas antiguas expresiones manifiestan muy bien un dato que, de hecho, es característico de Cirilo, es decir, la constante referencia del obispo de Alejandría a los autores eclesiásticos



precedentes (entre éstos sobre todo a Atanasio) con el objetivo de mostrar la continuidad de la propia teología con la tradición. Se insertó voluntaria y explícitamente en la tradición de la Iglesia, en la que reconocía la garantía de continuidad con los Apóstoles y con Cristo mismo.

Venerado como santo tanto en Oriente como en Occidente, en 1882 san Cirilo fue proclamado doctor de la Iglesia por el Papa, León XIII, quien al mismo tiempo, atribuyó el mismo título a otro importante representante de la patrística griega: san Cirilo de Jerusalén. Se revelaron así la atención y el amor por las tradiciones cristianas orientales de aquel Papa, que después proclamó también doctor de la Iglesia a san Juan Damasceno, mostrando así que tanto la tradición oriental como la occidental expresan la doctrina de la única Iglesia de Cristo.

Nos han llegado muy pocas noticias sobre la vida de san Cirilo antes de su elección a la importante sede de Alejandría. Cirilo, sobrino de Teófilo, que desde el año 385 rigió como obispo, con mano firme y prestigio, la diócesis de Alejandría, nació probablemente en esa misma metrópoli egipcia entre el año 370 y el 380. Pronto se encaminó hacia la vida eclesiástica y recibió una buena educación, tanto cultural como teológica. En el año 403 se encontraba en Constantinopla siguiendo a su poderoso tío y allí participó en el Sínodo conocido con el nombre de

la Encina, que depuso al obispo de la ciudad, Juan (después conocido como Crisóstomo), registrando así el triunfo de la sede de Alejandría sobre su rival tradicional, Constantinopla, donde residía el emperador. Tras la muerte de su tío Teófilo, Cirilo, que aún era joven, fue elegido en el año 412 obispo de la influyente Iglesia de Alejandría, gobernándola con gran firmeza durante treinta y dos años, tratando siempre de afirmar el primado en todo el Oriente, fortalecido asimismo por los vínculos tradicionales con Roma.

Dos o tres años después, en el 417 ó 418, el obispo de Alejandría dio pruebas de realismo al recomponer la ruptura de la comunión con Constantinopla, que persistía ya desde el año 406 tras la deposición de san Juan Crisóstomo. Pero el antiguo contraste con la sede de Constantinopla volvió a encenderse diez años después, cuando en el año 428 fue elegido obispo Nestorio, un prestigioso y severo monje de formación antioquena. El nuevo obispo de Constantinopla suscitó pronto oposiciones, pues en su predicación prefería para María el título de “Madre de Cristo” (*Christotokos*), en lugar del de “Madre de Dios” (*Theotokos*), ya entonces muy querido por la devoción popular.

El motivo de esta decisión del obispo Nestorio era su adhesión a la cristología de la tradición antioquena que, para salvaguardar la importancia de la humanidad de Cristo, acababa afir-

mando su separación de la divinidad. De este modo no era ya verdadera la unión entre Dios y el hombre en Cristo y, por tanto, ya no se podía hablar de “Madre de Dios”.

La reacción de Cirilo -entonces máximo exponente de la cristología de Alejandría, que subrayaba con fuerza la unidad de la persona de Cristo- fue casi inmediata y se desplegó con todos los medios ya a partir del año 429, enviando también algunas cartas al mismo Nestorio. En la segunda misiva (PG 77, 44-49) que le envió Cirilo, en febrero del 430, leemos una clara afirmación del deber de los pastores de preservar la fe del pueblo de Dios. Éste era su criterio, por lo demás válido también para hoy: la fe del pueblo de Dios es expresión de la tradición, es garantía de la sana doctrina. Escribe estas líneas a Nestorio: “Es necesario exponer al pueblo la enseñanza y la interpretación de la fe de la manera más irrepreensible y recordar que quien escandaliza aunque sea a uno solo de los pequeños que creen en Cristo padecerá un castigo intolerable”.

En la misma carta a Nestorio -misiva que más tarde, en el año 451, sería aprobada por el concilio de Calcedonia, cuarto concilio ecuménico-, Cirilo describe con claridad su fe cristológica: “Siendo distintas las naturalezas que se unieron en esta unidad verdadera, de ambas resultó un solo Cristo, un solo Hijo: no en el sentido de que la diversidad de las naturalezas quedara

eliminada por esta unión, sino que la divinidad y la humanidad completaron para nosotros al único Señor Jesucristo e Hijo con su inefable e inexpressable conjunción en la unidad”.

Y esto es importante: realmente la verdadera humanidad y la verdadera divinidad se unen en una sola Persona, nuestro Señor Jesucristo. Por ello, si-gue diciendo el obispo de Alejandría, “profesamos un solo Cristo y Señor, no en el sentido de que adoramos al hombre junto con el *Logos*, para no insinuar la idea de la separación diciendo “junto”, sino en el sentido de que adoramos a uno solo y al mismo, pues su cuerpo no es algo ajeno al *Logos*, con el que está sentado a la diestra del Padre. No están sentados a su lado dos hijos, sino uno solo unido con la propia carne”.

Muy pronto el obispo de Alejandría, gracias a agudas alianzas, logró que Nestorio fuera condenado repetidamente: por parte de la sede romana con una serie de doce anatematismos redactados por él mismo y, finalmente, por el concilio de Éfeso, en el año 431, el tercer concilio ecuménico. La asamblea, que se desarrolló con vicisitudes tumultuosas, concluyó con el primer gran triunfo de la devoción a María y con el exilio del obispo de Constantinopla que no quería reconocer a la Virgen el título de “Madre de Dios”, a causa de una cristología equivocada, que ponía división en el mismo Cristo. Ahora bien, después de

haber prevalecido de este modo sobre el rival y su doctrina, san Cirilo supo alcanzar ya en el año 433 una fórmula teológica de compromiso y de reconciliación con los de Antioquía. Y esto también es significativo: por una parte se da la claridad de la doctrina de la fe, pero, por otra, la intensa búsqueda de la unidad y de la reconciliación. En los años siguientes se dedicó con todos los medios a defender y aclarar su posición teológica hasta la muerte, acaecida el 27 de junio del año 444.

Los escritos de san Cirilo -verdaderamente muy numerosos y difundidos ampliamente incluso en diferentes traducciones latinas y orientales ya durante su vida, prueba de su éxito inmediato-, son de importancia primaria para la historia del cristianismo. Son importantes sus comentarios a muchos libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, entre los que destaca todo el Pentateuco, Isaías, los Salmos y los evangelios de san Juan y de san Lucas. Son de gran importancia también sus muchas obras doctrinales, en las que aparece continuamente la defensa de la fe trinitaria contra las tesis arrianas y contra las de Nestorio. La base de la enseñanza de san Cirilo es la tradición eclesiástica y, en particular, como he mencionado, los escritos de san Atanasio, su gran predecesor en la sede de Alejandría. Entre los otros escritos de san Cirilo hay que recordar finalmente los libros *Contra Juliano*, última gran respuesta a las polémicas anticristianas, dictada

por el obispo de Alejandría probablemente en los últimos años de su vida para replicar a la obra *Contra los galileos*, compuesta muchos años antes, en el año 363, por el emperador que fue llamado el Apóstata por haber abandonado el cristianismo en el que había sido educado.

La fe cristiana es ante todo encuentro con Jesús, “una Persona que da un nuevo horizonte a la vida” (*Deus caritas est*, 1). San Cirilo de Alejandría fue un incansable y firme testigo de Jesucristo, Verbo de Dios encarnado, subrayando sobre todo la unidad, como repite en el año 433, en la primera carta (PG 77, 228-237) al obispo Sucuso: “Uno solo es el Hijo, uno solo el Señor Jesucristo, ya sea antes de la encarnación ya después de la encarnación. En efecto, no era un Hijo el *Logos* nacido de Dios Padre, y otro el nacido de la santísima Virgen; sino que creemos que precisamente Aquel que existe antes de los tiempos nació también según la carne de una mujer”. Esta afirmación, más allá de su significado doctrinal, muestra que la fe en Jesús *Logos* nacido del Padre está también muy arraigada en la historia, pues, como afirma san Cirilo, este mismo Jesús entró en el tiempo al nacer de María, la *Theotokos*, y estará siempre con nosotros, según su promesa. Y esto es importante: Dios es eterno, nació de una mujer y sigue con nosotros cada día. En esta confianza vivimos, en esta confianza encontramos el camino de nuestra vida.

*Miércoles, 10 de octubre de 2007*  
*San Hilario de Poitiers*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero hablar de un gran Padre de la Iglesia de Occidente, san Hilario de Poitiers, una de las grandes figuras de obispos del siglo IV. Enfrentándose a los arrianos, que consideraban al Hijo de Dios como una criatura, aunque excelente, pero sólo criatura, san Hilario consagró toda su vida a la defensa de la fe en la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios y Dios como el Padre, que lo engendró desde la eternidad.

No disponemos de datos seguros sobre la mayor parte de la vida de san Hilario. Las fuentes antiguas dicen que nació en Poitiers, probablemente hacia el año 310. De familia acomodada, recibió una sólida formación literaria, que se puede apreciar claramente en sus escritos. Parece que no creció en un ambiente cristiano. Él mismo nos habla de un camino de búsqueda de la verdad, que lo llevó poco a poco al reconocimiento del Dios creador y del Dios encarnado, que murió para darnos la vida eterna.

Bautizado hacia el año 345, fue elegido obispo de su ciudad natal en torno a los años 353-354. En los años sucesivos, san Hilario escribió su primera obra, el *Comentario al Evangelio de san Mateo*. Se trata del comentario más antiguo en latín que nos ha llegado de este Evangelio. En el año

356 asistió como obispo al sínodo de Béziers, en el sur de Francia, el “sínodo de los falsos apóstoles”, como él mismo lo llamó, pues la asamblea estaba dominada por obispos filo-arrianos, que negaban la divinidad de Jesucristo. Estos “falsos apóstoles” pidieron al emperador Constancio que condenara al destierro al obispo de Poitiers. De este modo, san Hilario se vio obligado a abandonar la Galia en el verano del año 356.

Desterrado en Frigia, en la actual Turquía, san Hilario entró en contacto con un contexto religioso totalmente dominado por el arrianismo. También allí su solicitud de pastor lo llevó a trabajar sin descanso por el restablecimiento de la unidad de la Iglesia, sobre la base de la recta fe formulada por el concilio de Nicea. Con este objetivo emprendió la redacción de su obra dogmática más importante y conocida: el *De Trinitate* (“Sobre la Trinidad”).

En ella, san Hilario expone su camino personal hacia el conocimiento de Dios y se esfuerza por demostrar que la Escritura atestigua claramente la divinidad del Hijo y su igualdad con el Padre no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en muchas páginas del Antiguo Testamento, en las que ya se presenta el misterio de Cristo. Ante los arrianos insiste en la verdad de los nombres de Padre y de Hijo, y desarrolla toda su teología trinitaria partiendo de la fórmula del bautismo que nos dio el Señor mismo:

“En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.

El Padre y el Hijo son de la misma naturaleza. Y si bien algunos pasajes del Nuevo Testamento podrían hacer pensar que el Hijo es inferior al Padre, san Hilario ofrece reglas precisas para evitar interpretaciones equívocas: algunos textos de la Escritura hablan de Jesús como Dios, otros en cambio subrayan su humanidad. Algunos se refieren a él en su preexistencia junto al Padre; otros toman en cuenta el estado de abajamiento (kénosis), su descenso hasta la muerte; otros, por último, lo contemplan en la gloria de la resurrección.

En los años de su destierro, san Hilario escribió también el *Libro de los Sínodos*, en el que reproduce y comenta para sus hermanos obispos de la Galia las confesiones de fe y otros documentos de los sínodos reunidos en Oriente a mediados del siglo IV. Siempre firme en la oposición a los arrianos radicales, san Hilario muestra un espíritu conciliador con respecto a quienes aceptaban confesar que el Hijo era *semejante* al Padre en la esencia, naturalmente intentando llevarles siempre hacia la plena fe, según la cual, no se da sólo una semejanza, sino una verdadera igualdad entre el Padre y el Hijo en la divinidad. También me parece característico su espíritu de conciliación: trata de comprender a quienes todavía no han llegado a la verdad plena y, con gran inteligencia teológica, les ayuda a

alcanzar la plena fe en la divinidad verdadera del Señor Jesucristo.

En el año 360 ó 361, san Hilario pudo finalmente regresar del destierro a su patria e inmediatamente reanudó la actividad pastoral en su Iglesia, pero el influjo de su magisterio se extendió de hecho mucho más allá de los confines de la misma. Un sínodo celebrado en París en el año 360 o en el 361 retomó el lenguaje del concilio de Nicea. Algunos autores antiguos consideran que este viraje antiarriano del Episcopado de la Galia se debió en buena parte a la firmeza y a la bondad del obispo de Poitiers. Ésa era precisamente una característica peculiar de San Hilario: el arte de conjugar la firmeza en la fe con la bondad en la relación interpersonal.

En los últimos años de su vida compuso los *Tratados sobre los salmos*, un comentario a 58 salmos, interpretados según el principio subrayado en la introducción de la obra: “No cabe duda de que todas las cosas que se dicen en los salmos deben entenderse según el anuncio evangélico, de manera que, independientemente de la voz con la que ha hablado el espíritu profético, todo se refiera al conocimiento de la venida de nuestro Señor Jesucristo, encarnación, pasión y reino, y a la gloria y potencia de nuestra resurrección” (*Instructio Psalmorum* 5). En todos los salmos ve esta transparencia del misterio de Cristo y de su cuerpo, que es la Iglesia. En varias ocasiones, san Hilario se encontró

con san Martín: precisamente cerca de Poitiers el futuro obispo de Tours fundó un monasterio, que todavía hoy existe. San Hilario falleció en el año 367. Su memoria litúrgica se celebra el 13 de enero. En 1851 el beato Pío IX lo proclamó doctor de la Iglesia.

Para resumir lo esencial de su doctrina, quiero decir que el punto de partida de la reflexión teológica de san Hilario es la fe bautismal. En el *De Trinitate*, escribe: Jesús “mandó bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cf. Mt 28, 19), es decir, confesando al Autor, al Unigénito y al Don. Sólo hay un Autor de todas las cosas, pues sólo hay un Dios Padre, del que todo procede. Y un solo Señor nuestro, Jesucristo, por quien todo fue hecho (1 Co 8, 6), y un solo Espíritu (Ef 4, 4), don en todos. (...) No puede encontrarse nada que falte a una plenitud tan grande, en la que convergen en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo la inmensidad en el Eterno, la revelación en la Imagen, la alegría en el Don” (*De Trinitate* 2, 1).

Dios Padre, siendo todo amor, es capaz de comunicar en plenitud su divinidad al Hijo. Considero particularmente bella esta formulación de san Hilario: “Dios sólo sabe ser amor, y sólo sabe ser Padre. Y quien ama no es envidioso, y quien es Padre lo es totalmente. Este nombre no admite componendas, como si Dios sólo fuera padre en ciertos aspectos y en otros no” (*ib.* 9, 61). Por esto, el Hijo es plenamente

Dios, sin falta o disminución alguna: “Quien procede del perfecto es perfecto, porque quien lo tiene todo le ha dado todo” (*ib.* 2, 8). Sólo en Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, la humanidad encuentra salvación. Al asumir la naturaleza humana, unió consigo a todo hombre, “se hizo la carne de todos nosotros” (*Tractatus in Psalmos* 54, 9); “asumió en sí la naturaleza de toda carne y, convertido así en la vida verdadera, es la raíz de todo sarmiento” (*ib.* 51, 16).

Precisamente por esto el camino hacia Cristo está abierto a todos -porque él ha atraído a todos hacia su humanidad-, aunque siempre se requiera la conversión personal: “A través de la relación con su carne, el acceso a Cristo está abierto a todos, a condición de que se despojen del hombre viejo (cf. Ef 4, 22) y lo claven en su cruz (cf. Col 2, 14); a condición de que abandonen las obras de antes y se conviertan, para ser sepultados con él en su bautismo, con vistas a la vida (cf. Col 1, 12; Rm 6, 4)” (*ib.* 91, 9).

La fidelidad a Dios es un don de su gracia. Por ello, san Hilario, al final de su tratado sobre la Trinidad, pide la gracia de mantenerse siempre fiel a la fe del bautismo. Es una característica de este libro: la reflexión se transforma en oración y la oración se hace reflexión. Todo el libro es un diálogo con Dios.

Quiero concluir la catequesis de hoy con una de estas oraciones, que



se convierte también en oración nuestra: “Haz, Señor -reza san Hilario, con gran inspiración- que me mantenga siempre fiel a lo que profesé en el símbolo de mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Que te adore, Padre nuestro, y juntamente contigo a tu Hijo; que sea mercedor de tu Espíritu Santo, que procede de ti a través de tu Unigénito. Amén” (*De Trinitate* 12, 57).

*Miércoles, 17 de octubre de 2007*  
*San Eusebio de Vercelli*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Esta mañana os invito a reflexionar sobre san Eusebio de Vercelli, el primer obispo del norte de Italia del que tenemos noticias seguras. Nació en Cerdeña, a principios del siglo IV. Siendo muy niño aún, se trasladó a Roma con su familia. Más tarde fue instituido lector: así entró a formar parte del clero de la Urbe, en un tiempo en que la Iglesia se encontraba gravemente probada por la herejía arriana.

La gran estima que se tenía de san Eusebio explica su elección, en el año 345, a la cátedra episcopal de Vercelli. El nuevo obispo emprendió, inmediatamente, una intensa labor de evangelización en un territorio aún en gran parte pagano, especialmente en las zonas rurales.

Inspirándose en san Atanasio, que había escrito la *Vida de san Antonio*, iniciador del monacato en Oriente, fundó en Vercelli una comunidad sacerdotal, semejante a una comunidad monástica. Este cenobio dio al clero del norte de Italia un sello significativo de santidad apostólica, y suscitó figuras de obispos importantes como Limenio y Honorato, sucesores de Eusebio en Vercelli, Gaudencio en Novara, Exuperancio en Tortona, Eustasio en Aosta, Eulogio en Ivrea, Máximo en Turín, todos venerados por la Iglesia como santos.

Sólidamente formado en la fe nicena, san Eusebio defendió con todas sus fuerzas la plena divinidad de Jesucristo, definido por el *Credo* de Nicea “de la misma naturaleza del Padre”. Con este fin se alió con los grandes Padres del siglo IV -sobre todo con san Atanasio, el baluarte de la ortodoxia nicena- contra la política filoarriana del emperador.

Al emperador la fe arriana, por ser más sencilla, le parecía políticamente más útil como ideología del imperio. Para él no contaba la verdad, sino la conveniencia política: quería utilizar la religión como vínculo de unidad del imperio. Pero estos grandes Padres se opusieron, defendiendo la verdad contra la dominación de la política.

Por este motivo, san Eusebio fue condenado al destierro, como tantos otros obispos de Oriente y de Occidente:

como el mismo san Atanasio, como san Hilario de Poitiers -del que hablamos en la última catequesis-, y como Osio de Córdoba. En Escitópolis, Palestina, a donde fue confinado entre los años 355 y 360, san Eusebio escribió una página estupenda de su vida. También allí fundó un cenobio con un pequeño grupo de discípulos, y desde allí mantuvo correspondencia con sus fieles de Piamonte, como lo demuestra sobre todo la segunda de sus tres *Cartas*, cuya autenticidad se reconoce.

Sucesivamente, después del año 360, fue desterrado a Capadocia y a la Tebaida, donde sufrió malos tratos. En el año 361, muerto Constancio II, le sucedió el emperador Juliano, llamado el apóstata, al que no le interesaba el cristianismo como religión del imperio, sino que quería restaurar el paganismo. Puso fin al destierro de estos obispos y así también san Eusebio pudo volver a tomar posesión de su sede.

En el año 362 san Atanasio lo envió a participar en el concilio de Alejandría, que decidió perdonar a los obispos arrianos con tal de que volvieran al estado laical. San Eusebio pudo ejercer aún durante cerca de diez años, hasta su muerte, el ministerio episcopal, manteniendo con su ciudad una relación ejemplar, que inspiró el servicio pastoral de otros obispos del norte de Italia, de los que hablaremos en las próximas catequesis, como san Ambrosio de Milán y san Máximo de Turín.

La relación entre el Obispo de Vercelli y su ciudad se atestigua sobre todo en dos testimonios epistolares. El primero se encuentra en la *Carta* ya citada, que san Eusebio escribió desde el destierro de Escitópolis “a los amadísimos hermanos y a los presbíteros tan añorados, así como a los santos pueblos de Vercelli, Novara, Ivrea y Tortona, firmes en la fe” (*Ep. secunda*, CCL 9, p. 104). Estas palabras iniciales, que indican los sentimientos del buen pastor con respecto a su grey, encuentran amplia confirmación, al final de la *Carta*, en los saludos afectuosísimos del padre a todos y cada uno de sus hijos de Vercelli, con frases llenas de cariño y amor.

Conviene notar, ante todo, la relación explícita que une al Obispo con las *sanctae plebes* no sólo de Vercelli (*Vercellae*) -la primera y, durante algunos años aún, la única diócesis de Piamonte-, sino también de Novara (*Novaria*), Ivrea (*Eporedia*) y Tortona (*Dertona*), es decir, de las comunidades cristianas que, dentro de su misma diócesis, habían alcanzado cierta consistencia y autonomía.

Otro elemento interesante nos lo ofrece la despedida con que se concluye la *Carta*: san Eusebio pide a sus hijos e hijas que saluden “también a quienes están fuera de la Iglesia y se dignan albergar hacia nosotros sentimientos de amor (*etiam hos qui foris sunt et nos dignantur diligere*). Se trata de un signo evidente de que la relación del Obispo



con su ciudad no se limitaba a la población cristiana, sino que se extendía también a quienes, fuera de la Iglesia, reconocían de algún modo su autoridad espiritual y amaban a este hombre ejemplar.

El segundo testimonio de la relación singular del Obispo con su ciudad proviene de la *Carta* que san Ambrosio de Milán escribió a los vercelenses hacia el año 394, más de veinte años después de la muerte de san Eusebio (*Ep. Extra collectionem* 14: *Maur.* 63). La Iglesia de Vercelli atravesaba un momento difícil: estaba dividida y sin pastor. Con franqueza, san Ambrosio afirma que le cuesta reconocer en los vercelenses “la descendencia de los santos padres, que aprobaron a Eusebio en cuanto lo vieron, sin haberlo conocido antes, olvidando incluso a sus propios conciudadanos”.

En la misma *Carta*, el Obispo de Milán atestigua con gran claridad su estima con respecto a san Eusebio: “Un hombre tan grande -escribe de modo perentorio- mereció realmente ser elegido por toda la Iglesia”. La admiración de san Ambrosio por san Eusebio se basaba sobre todo en el hecho de que el Obispo de Vercelli gobernaba la diócesis con el testimonio de su vida: “Con la austeridad del ayuno gobernaba su Iglesia”. De hecho, también san Ambrosio, como él mismo declara, se sentía fascinado por el ideal monástico de la contemplación de Dios, que san Eusebio había perseguido tras las huellas del profeta Elías.

El Obispo de Vercelli -anota san Ambrosio- fue el primero en hacer que su clero llevara *vida común* y lo educó en la “observancia de las reglas monásticas, aun viviendo en medio de la ciudad”. El Obispo y su clero debían compartir los problemas de los ciudadanos, y lo hacían de un modo creíble precisamente cultivando al mismo tiempo una ciudadanía diversa, la del cielo (cf. *Hb* 13, 14). Así construyeron realmente una verdadera ciudadanía, una verdadera solidaridad común entre todos los ciudadanos de Vercelli.

De este modo, san Eusebio, mientras hacía suya la causa de la *sancta plebs* de Vercelli, vivía en medio de la ciudad como un monje, abriendo la ciudad a Dios. Pero ese rasgo no obstaculizaba para nada su ejemplar dinamismo pastoral. Por lo demás, parece que instituyó en Vercelli las parroquias para un servicio eclesial ordenado y estable, y promovió los santuarios marianos para la conversión de las poblaciones rurales paganas. Ese “rasgo” monástico, más bien, confería una dimensión peculiar a la relación del Obispo con su ciudad. Como los Apóstoles, por los que Jesús oró en su última Cena, los pastores y los fieles de la Iglesia “están en el mundo” (*Jn* 17, 11), pero no son “del mundo”. Por eso, como recordaba san Eusebio, los pastores deben exhortar a los fieles a no considerar las ciudades del mundo como su morada estable, sino a buscar la Ciudad futura, la definitiva Jerusalén celestial.

Esta “reserva escatológica” permite a los pastores y a los fieles respetar la escala correcta de valores, sin doblegarse jamás a las modas del momento y a las pretensiones injustas del poder político que gobierna. La auténtica escala de valores -parece decir la vida entera de san Eusebio- no viene de los emperadores de ayer y de hoy, sino de Jesucristo, el Hombre perfecto, igual al Padre en la divinidad, pero hombre como nosotros. Refiriéndose a esta escala de valores, san Eusebio no se cansa de “recomendar encarecidamente” a sus fieles que “conserven con gran esmero la fe, mantengan la concordia y sean asiduos en la oración” (*Ep. Secunda*, cit.). Queridos amigos, también yo os recomiendo de todo corazón estos valores perennes, a la vez que os saludo y os bendigo con las mismas palabras con que el santo obispo Eusebio concluía su segunda *Carta*: “Me dirijo a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, hijos e hijas, fieles de uno y otro sexo y de todas las edades, para que (...) transmitáis nuestro saludo también a quienes están fuera de la Iglesia y se dignan albergar hacia nosotros sentimientos de amor” (*ib.*).

*Llamamiento en favor de la eliminación de la pobreza:*

Se celebra hoy la *Jornada mundial del rechazo de la miseria*, reconocida por las Naciones Unidas con el título de *Jornada internacional para la eliminación de la pobreza*. ¡Cuántas poblaciones viven todavía en condiciones de

extrema pobreza! La disparidad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente e inquietante, también en los países económicamente más avanzados. Esta situación preocupante interpela a la conciencia de la humanidad, porque las condiciones en que se hallan numerosas personas ofenden la dignidad del ser humano y comprometen, por tanto, el progreso auténtico y armónico de la comunidad mundial. Así pues, exhorto a multiplicar los esfuerzos para eliminar las causas de la pobreza y sus trágicas consecuencias.

\* \* \*

Queridos amigos, el mes de octubre nos invita a renovar nuestra cooperación activa en la misión de la Iglesia. Por tanto, poned al servicio del Evangelio vosotros, los *jóvenes*, las energías frescas de vuestra juventud; vosotros, los *enfermos*, la fuerza de la oración y del sufrimiento; y vosotros, los *recién casados*, las potencialidades de la vida conyugal para ofrecer una ayuda concreta a los misioneros que llevan el mensaje cristiano hasta las fronteras de la evangelización.

*Miércoles, 24 de octubre de 2007*  
*San Ambrosio*

*Queridos hermanos y hermanas:*

El santo obispo Ambrosio, de quien os hablaré hoy, murió en Milán en la

noche entre el 3 y el 4 de abril del año 397. Era el alba del Sábado santo. El día anterior, hacia las cinco de la tarde, se había puesto a rezar, postrado en la cama, con los brazos abiertos en forma de cruz. Así participaba en el solemne Triduo pascual, en la muerte y en la resurrección del Señor. “Nosotros veíamos que se movían sus labios”, atestigua Paulino, el diácono fiel que, impulsado por san Agustín, escribió su *Vida*, “pero no escuchábamos su voz”. En un momento determinado pareció que llegaba su fin. Honorato, obispo de Vercelli, que se encontraba prestando asistencia a san Ambrosio y dormía en el piso superior, se despertó al escuchar una voz que le repetía: “Levántate pronto. Ambrosio está a punto de morir”. Honorato bajó de prisa -prosigue Paulino- “y le ofreció al santo el Cuerpo del Señor. En cuanto lo tomó, Ambrosio entregó el espíritu, llevándose consigo el santo viático. Así su alma, robustecida con la fuerza de ese alimento, goza ahora de la compañía de los ángeles” (*Vida* 47).

En aquel Viernes santo del año 397 los brazos abiertos de san Ambrosio moribundo manifestaban su participación mística en la muerte y la resurrección del Señor. Ésa era su última catequesis: en el silencio de las palabras seguía hablando con el testimonio de la vida.

San Ambrosio no era anciano cuando murió. No tenía ni siquiera sesenta años, pues nació en torno al año 340

en Tréveris, donde su padre era prefecto de las Galias. La familia era cristiana. Cuando falleció su padre, su madre lo llevó a Roma, siendo todavía un muchacho, y lo preparó para la carrera civil, proporcionándole una sólida instrucción retórica y jurídica. Hacia el año 370 fue enviado a gobernar las provincias de Emilia y Liguria, con sede en Milán. Precisamente allí se libraba con gran ardor la lucha entre ortodoxos y arrianos, sobre todo después de la muerte del obispo arriano Ausencio. San Ambrosio intervino para pacificar a las dos facciones enfrentadas, y actuó con tal autoridad que, a pesar de ser solamente un catecúmeno, fue aclamado por el pueblo obispo de Milán.

Hasta ese momento, san Ambrosio era el más alto magistrado del Imperio en el norte de Italia. Muy bien preparado culturalmente, pero desprovisto del conocimiento de las Escrituras, el nuevo obispo se puso a estudiarlas con empeño. Aprendió a conocer y a comentar la Biblia a través de las obras de Orígenes, el indiscutible maestro de la “escuela de Alejandría”. De este modo, san Ambrosio introdujo en el ambiente latino la meditación de las Escrituras iniciada por Orígenes, impulsando en Occidente la práctica de la *lectio divina*. El método de la *lectio* llegó a guiar toda la predicación y los escritos de san Ambrosio, que surgen precisamente de la *escucha orante* de la palabra de Dios.

Un célebre exordio de una catequesis ambrosiana muestra admirablemente

la manera cómo el santo obispo aplicaba el Antiguo Testamento a la vida cristiana: “Cuando leíamos las historias de los Patriarcas y las máximas de los Proverbios, tratábamos cada día de moral -dice el santo obispo de Milán a sus catecúmenos y a los neófitos- para que vosotros, formados e instruidos por ellos, os acostumbréis a entrar en la senda de los Padres y a seguir el camino de la obediencia a los preceptos divinos” (*Los misterios* 1, 1).

En otras palabras, según el Obispo, los neófitos y los catecúmenos, después de aprender el arte de vivir rectamente, ya podían considerarse preparados para los grandes misterios de Cristo. De este modo, la predicación de san Ambrosio, que representa el núcleo fundamental de su ingente obra literaria, parte de la lectura de los Libros sagrados (Los Patriarcas, es decir, los Libros históricos; y Los Proverbios, o sea, los Libros sapienciales) para vivir de acuerdo con la Revelación divina.

Es evidente que el testimonio personal del predicador y la ejemplaridad de la comunidad cristiana condicionan la eficacia de la predicación. Desde este punto de vista es significativo un pasaje de las *Confesiones* de san Agustín, el cual había ido a Milán como profesor de retórica; era escéptico, no cristiano. Estaba buscando, pero no era capaz de encontrar realmente la verdad cristiana. Lo que movió el corazón del joven retórico africano, escéptico y desesperado, y lo que lo impulsó definitivamente a

la conversión, no fueron las hermosas homilias de san Ambrosio (a pesar de que las apreciaba mucho), sino más bien el testimonio del Obispo y de su Iglesia milanesa, que oraba y cantaba, compacta como un solo cuerpo. Una Iglesia capaz de resistir a la prepotencia del emperador y de su madre, que en los primeros días del año 386 habían vuelto a exigir la expropiación de un edificio de culto para las ceremonias de los arrianos. En el edificio que debía ser expropiado, cuenta san Agustín, “el pueblo devoto velaba, dispuesto a morir con su obispo”. Este testimonio de las *Confesiones* es admirable, pues muestra que algo se estaba moviendo en lo más íntimo de san Agustín, el cual prosigue: “Nosotros mismos, aunque insensibles a la calidez de vuestro espíritu, compartíamos la emoción y la consternación de la ciudad” (*Confesiones* 9, 7).

De la vida y del ejemplo del obispo san Ambrosio, san Agustín aprendió a creer y a predicar. Podemos referir un pasaje de un célebre sermón del Africano, que mereció ser citado muchos siglos después en la constitución conciliar *Dei Verbum*: “Todos los clérigos -dice la *Dei Verbum* en el número 25-, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la palabra, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse -aquí viene la cita de san Agustín- “predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan en su interior””. Precisamente de san Ambrosio había aprendido esta “escucha en su

interior”, esta asiduidad en la lectura de la sagrada Escritura, con actitud de oración, para acoger realmente en el corazón y asimilar la palabra de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, quisiera presentaros una especie de “icono patrístico” que, interpretado a la luz de lo que hemos dicho, representa eficazmente “el corazón” de la doctrina de san Ambrosio. En el sexto libro de las *Confesiones*, san Agustín narra su encuentro con san Ambrosio, ciertamente un encuentro de gran importancia en la historia de la Iglesia. Escribe textualmente que, cuando visitaba al Obispo de Milán, siempre lo veía rodeado de numerosas personas llenas de problemas, por quienes se desvivía para atender sus necesidades. Siempre había una larga fila que esperaba hablar con san Ambrosio para encontrar en él consuelo y esperanza. Cuando san Ambrosio no estaba con ellos, con la gente (y esto sucedía en pocos momentos de la jornada), era porque estaba alimentando el cuerpo con la comida necesaria o el espíritu con las lecturas.

Aquí san Agustín expresa su admiración porque san Ambrosio leía las escrituras con la boca cerrada, sólo con los ojos (cf. *Confesiones* 6, 3). De hecho, en los primeros siglos cristianos la lectura sólo se concebía con vistas a la proclamación, y leer en voz alta facilitaba también la comprensión a quien leía. El hecho de que san Ambrosio pudiera repasar las páginas sólo con los ojos era para el admirado san Agustín

una capacidad singular de lectura y de familiaridad con las Escrituras. Pues bien, en esa lectura “a flor de labios”, en la que el corazón se esfuerza por alcanzar la comprensión de la palabra de Dios -éste es el “icono” del que hablamos-, se puede entrever el método de la catequesis de san Ambrosio: la Escritura misma, íntimamente asimilada, sugiere los contenidos que hay que anunciar para llevar a los corazones a la conversión.

Así, según el magisterio de san Ambrosio y san Agustín, la catequesis es inseparable del testimonio de vida. Puede servir también para el catequista lo que escribí en la *Introducción al cristianismo* con respecto al teólogo. Quien educa en la fe no puede correr el riesgo de presentarse como una especie de payaso, que recita un papel “por oficio”. Más bien, con una imagen de Orígenes, escritor particularmente apreciado por san Ambrosio, debe ser como el discípulo amado, que apoyó la cabeza sobre el corazón del Maestro, y allí aprendió su manera de pensar, de hablar, de actuar. En definitiva, el verdadero discípulo es el que anuncia el Evangelio de la manera más creíble y eficaz.

Al igual que el apóstol san Juan, el obispo san Ambrosio -que nunca se cansaba de repetir: “*Omnia Christus est nobis*”, “Cristo lo es todo para nosotros”- es un auténtico testigo del Señor. Con sus mismas palabras, llenas de amor a Jesús, concluimos así nuestra

catequesis: “Cristo lo es todo para nosotros. Si quieres curar una herida, él es el médico; si estás ardiendo de fiebre, él es la fuente; si estás oprimido por la injusticia, él es la justicia; si tienes necesidad de ayuda, él es la fuerza; si tienes miedo a la muerte, él es la vida; si deseas

el cielo, él es el camino; si estás en las tinieblas, él es la luz. (...) Gustad y ved qué bueno es el Señor. Bienaventurado el hombre que espera en él” (*De virginitate* 16, 99). También nosotros esperamos en Cristo. Así seremos bienaventurados y viviremos en la paz.

## CARTAS

### *Mensaje del Papa, Benedicto XVI, en el 80º Aniversario de la proclamación de Santa Teresa del Niño Jesús como patrona de las Misiones*

Al señor cardenal, IVAN DIAS, Prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos

La Peregrinación de Lisieux y los servicios de cooperación misionera de la Conferencia episcopal de Francia han querido que el año 2007 en Lisieux fuera un Año de la misión, con el fin de recordar a todas las comunidades cristianas y a todos los fieles que van en peregrinación siguiendo las huellas de santa Teresa de Lisieux que, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas, deben interesarse sin cesar por la misión, a fin de que Cristo sea conocido y amado por doquier.

Con este espíritu, hace cincuenta años, el Papa Pío XII dio a la Iglesia la encíclica *Fidei donum*. No hay que

olvidar que hace ochenta años, el 14 de diciembre de 1927, respondiendo a peticiones provenientes de todo el mundo, el Papa Pío XI proclamó a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, humilde carmelita, patrona de las misiones juntamente con san Francisco Javier.

El 21 de abril de 1957, el Papa Pío XII, retomando una de las preocupaciones del comienzo de su pontificado, invitó a los cristianos a una atención renovada por las misiones hasta los confines de la tierra, manifestando que era necesaria la colaboración de toda la Iglesia para la difusión del Evangelio.

Con este mismo espíritu, conociendo la solicitud de los servicios misioneros de la Iglesia que está en Francia, también yo deseo que las vocaciones misioneras de sacerdotes, de personas consagradas y de laicos sigan desarrollándose, a ejemplo de todas las personas que se comprometieron en todos los continentes durante el



siglo pasado. Que el Señor infunda en el corazón de numerosos jóvenes europeos el deseo de prodigarse sin medida para anunciar la salvación traída por Cristo, principalmente en África, en América del sur, en Asia y en Oceanía.

Por su parte, santa Teresa de Lisieux, sin salir jamás de su Carmelo, mediante su oración contemplativa y la correspondencia mantenida con sacerdotes -el abad Bellière y el padre Roulland-, vivió, a su manera, un auténtico espíritu misionero, acompañando a cada uno en su servicio al Evangelio y dando al mundo un nuevo camino espiritual, que le valió el título de doctora de la Iglesia, hace exactamente diez años. Desde Pío XII hasta nuestros días, los Papas no han dejado de recordar el vínculo que existe entre oración, caridad y acción en la misión de la Iglesia, para que, como señala también el concilio Vaticano II, “la totalidad del mundo se transforme en pueblo de Dios, cuerpo del Señor y templo del Espíritu” (*Lumen gentium*, 17).

Por consiguiente, deseo que las celebraciones que tienen lugar en Lisieux durante este Año de la misión confirmen en todos los bautizados su sentido misionero, mediante la oración, el testimonio de vida y el compromiso cristiano en todas sus formas, para que todos los fieles sean misioneros donde viven, y para que surjan también vocaciones para el anuncio del Evangelio a los hombres que aún no lo conocen.

Pidiendo a la Virgen María, Madre de la Iglesia, y a santa Teresa del Niño Jesús que obtengan numerosos frutos espirituales para este Año de la misión, durante el cual todos los fieles están invitados a cooperar más estrechamente en el anuncio gozoso del Evangelio, le imparto de todo corazón la bendición apostólica a usted, señor cardenal, así como a los obispos presentes, a los peregrinos de Lisieux y a sus familias, al igual que a los laicos que participan activamente en la organización de este Año.

*Vaticano, 12 de septiembre de 2007*

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
a su Beatitud Daniel, nuevo Patriarca  
de la Iglesia Ortodoxa Rumana*

A Su Beatitud, DANIEL, Arzobispo de Bucarest Patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana

Con gran alegría y con sentimientos de comunión fraterna he sabido de su elección a la sede patriarcal de la Iglesia ortodoxa de Rumanía, sucediendo así a nuestro venerable hermano en Cristo Su Beatitud Teoctist.

Al comenzar su nueva misión, me uno muy particularmente a usted, Beatitud, así como al Santo Sínodo del Patriarcado rumano, a todo el clero y a los fieles, que lo reciben con alegría a usted, el nuevo pastor

llamado a guiar a la Iglesia ortodoxa rumana. Pido al Espíritu Santo que lo sostenga en este arduo cargo. Que ayude a la Iglesia ortodoxa rumana en su desarrollo, para que afronte, con vitalidad renovada, los cambios y la reorganización material y espiritual necesarios en el período que vivimos, después de las dificultades experimentadas durante el pasado reciente, en el que existían numerosas limitaciones a la libertad y a veces persecuciones manifiestas.

Que el Señor lo acompañe para que su Iglesia responda a las expectativas del pueblo rumano y le dé cada vez más esperanza que necesita para avanzar por el camino de la vida y para transmitir a las generaciones jóvenes los valores morales y espirituales fundamentales, a fin de afrontar las diferentes corrientes ideológicas que hoy atraen a muchos de nuestros contemporáneos.

En esta bendita ocasión, en la que me uno espiritualmente a usted, le deseo, Beatitud, un servicio pastoral fecundo, iluminado por la luz de Cristo y fortalecido por el poder del Espíritu Santo. ¿Cómo no recordar el encuentro solemne entre mi predecesor, de venerada memoria, y Su Beatitud Teoctist y los miembros del Santo Sínodo en Bucarest, en el palacio patriarcal, el 8 de mayo de 1999? Esa primera visita de un Papa a un país donde la Iglesia ortodoxa es mayoritaria abre un camino de esperanza, que es necesario proseguir con el

fin de llegar a la unidad plena. Hago más hoy las palabras que pronunció el Papa, Juan Pablo II en esa circunstancia: “Sepa, Beatitud, que los católicos acompañan a sus hermanos ortodoxos mediante su oración y su disponibilidad a cualquier forma de colaboración. Todos estamos llamados a anunciar juntos el único Evangelio, con amor y estima recíproca” (*Discurso durante el encuentro con el Patriarca y los miembros del Santo Sínodo*, 8 de mayo de 1999, n. 2: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de mayo de 1999, p. 10). El espíritu que animaba estas palabras y el compromiso que proclamaban siguen teniendo actualidad para mí mismo y para la Iglesia católica, al subrayar que es muy necesario intensificar los vínculos que nos unen, para el bien de la Iglesia.

De igual modo, nuestras relaciones deben reforzarse para responder a las necesidades actuales en Europa y en el mundo, tanto en el ámbito religioso como en el social. Un testimonio común de los cristianos es cada vez más necesario para responder a nuestra vocación común y a las urgencias de nuestro tiempo. Quiero también reafirmarle cuánto aprecio el compromiso que la Iglesia ortodoxa rumana siempre ha manifestado en el seno de la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico, mediante una participación activa y positiva de sus delegados. Estoy seguro de que quiere proseguir e intensificar el diálogo entre



ortodoxos y católicos durante nuevas fases del diálogo, con el que nos preparamos a abordar cuestiones cruciales para nuestras relaciones.

Con paciencia, caridad recíproca y esperanza, también deberemos resolver cuestiones sin duda menores, pero que, en el ámbito local, aún constituyen un obstáculo para la comunión fraterna entre católicos y ortodoxos, puesto que los cristianos muy a menudo conviven sin buscar siempre los vínculos diarios que podrían ser particularmente valiosos para las relaciones entre católicos y ortodoxos.

Desde esta perspectiva, todos deberían recordar que, en la víspera de su pasión y de su muerte redentora, Jesús dijo a sus discípulos: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (*Jn* 13, 34). El mandamiento del Señor debe llevarnos sin cesar a todos hacia nuevas relaciones, prólogo de la unidad plena.

Con estos sentimientos de alegría sincera y con la certeza de un compromiso común al servicio de la unidad de la Iglesia, le expreso mis más cordiales felicitaciones y le reafirmo mi afecto en el Señor Jesucristo, orando por usted, por los pastores y por todos los fieles de la Iglesia ortodoxa de Rumanía.

*Castelgandolfo, 27 de septiembre de 2007*

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI, en vista del VI Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará en México del 16 al 18 de enero de 2009*

Al Señor Cardenal Alfonso López Trujillo, Presidente del Consejo Pontificio para la Familia

El 9 de julio de 2006, al concluir el *V Encuentro Mundial de las Familias* en Valencia, España, tuve el gusto de anunciar la designación de la Arquidiócesis de México como sede del *VI Encuentro*. Éste, en continuidad con el inolvidable acontecimiento del año pasado, tendrá lugar del 16 al 18 de enero de 2009 con el tema: “*La familia, formadora en los valores humanos y cristianos*”.

Como primera escuela de vida y de fe, y como “iglesia doméstica”, la familia está llamada a educar a las nuevas generaciones en los valores humanos y cristianos para que, orientando su vida según el modelo de Cristo, forjen en ellas una personalidad armónica. En esta tarea tan decisiva para la persona humana, que no se reduce sólo a saber utilizar las realidades que tiene al alcance de la mano, sino que tiende sobre todo a buscar y comprometerse con los ideales y modelos de conducta que le hacen “superior al universo entero” (*Gaudium et spes*, 14), se ha de contar también con el apoyo de la escuela, de la parroquia y de los diversos grupos eclesiales que favorecen una educación integral del ser humano.

En unos momentos en que se advierte una frecuente disociación entre lo que se dice creer y el modo concreto de vivir y comportarse, este próximo Encuentro Mundial de las Familias se propone alentar a los hogares cristianos en la formación de una recta conciencia moral que, fortalecida por la gracia de Dios, ayude a seguir fielmente su voluntad que nos ha revelado por medio de Jesucristo y que ha sembrado en lo más íntimo del corazón de cada persona (cf. *ib.* 16)

En esta ocasión, deseo saludar cordialmente a mis Hermanos Obispos de esa querida Nación, de modo especial al Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México, comunidad eclesial que acogerá a las familias que, de tantas partes del mundo, participarán en este importante Encuentro.

Pido al Señor que el proceso de preparación y la celebración de este acontecimiento esté iluminado por su gracia y sea para las familias, tanto las que estén presentes como las que se unan espiritualmente, una ocasión especial para vivir con gozo su propia vocación y misión. Con estos sentimientos, las encomiendo a la Sagrada Familia de Nazaret y las bendigo con todo mi afecto.

*Vaticano, 1 de octubre de 2007*

*Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
a los participantes en la 45ª Semana  
Social de los Católicos italianos*

Al venerado hermano, Mons. ANGELO BAGNASCO, Presidente de la Conferencia episcopal italiana

Se celebra este año el centenario de la primera *Semana social de los católicos italianos*, que tuvo lugar en Pistoia del 23 al 28 de septiembre de 1907, por iniciativa sobre todo del profesor Giuseppe Toniolo, figura luminosa de laico católico, de científico y apóstol social, protagonista del Movimiento católico de fines del siglo XIX y principios del XX.

En este significativo aniversario jubilar, le envío de buen grado mi cordial saludo a usted, venerado hermano; a monseñor Arrigo Miglio, obispo de Ivrea y presidente del comité científico y organizador de las Semanas sociales; a los colaboradores y a todos los participantes en la 45ª "Semana", que se celebrará en Pistoia y en Pisa del 18 al 21 de este mes de octubre.

El tema elegido -"El bien común hoy: un compromiso que viene de lejos"-, aunque ya se ha abordado en algunas ediciones anteriores, conserva plena actualidad; más aún, conviene profundizarlo y precisarlo particularmente ahora, para evitar un uso genérico y a veces impropio del término "bien común".

El *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, remitiéndose a la enseñanza

del concilio ecuménico Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 26), especifica que “el bien común no consiste en la simple suma de los bienes particulares de cada sujeto del cuerpo social. Siendo de todos y de cada uno es y permanece común, porque es indivisible y porque sólo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo, también con vistas al futuro” (n. 164).

Ya el teólogo Francisco Suárez hablaba de un *bonum commune omnium nationum*, entendido como “bien común del género humano”. En el pasado, y mucho más hoy, en este tiempo de globalización, el bien común se ha de considerar y promover también en el contexto de las relaciones internacionales; y resulta evidente que, precisamente por el fundamento social de la existencia humana, el bien de cada persona está naturalmente interconectado con el bien de la humanidad entera.

A este respecto, el amado siervo de Dios, Juan Pablo II, en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, afirmaba que “se trata de la interdependencia, percibida como sistema determinante de relaciones en el mundo actual, en sus aspectos económico, cultural, político y religioso, y asumida como categoría moral” (n. 38). Y añadía: “Cuando la interdependencia es reconocida así, su correspondiente respuesta, como actitud moral y social, y como “virtud”, es la solidaridad. Esta no es, pues, un sentimiento de vaga compasión o de superficial enterrecimiento por los males de tantas per-

sonas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos” (*ib.*).

En la encíclica *Deus caritas est* recordé que “el establecimiento de estructuras justas no es un cometido inmediato de la Iglesia, sino que pertenece a la esfera de la política, es decir, de la razón auto-responsable” (n. 29). Y a continuación expliqué que “en esto, la tarea de la Iglesia es mediata, ya que le corresponde contribuir a la purificación de la razón y reavivar las fuerzas morales, sin lo cual no se instauran estructuras justas, ni estas pueden ser operativas a largo plazo” (*ib.*).

¿Qué ocasión mejor que ésta para reafirmar que comprometerse en favor de un orden justo en la sociedad es tarea inmediatamente propia de los fieles laicos? Como ciudadanos del Estado les corresponde a ellos participar en primera persona en la vida pública y, respetando las legítimas autonomías, cooperar a configurar rectamente la vida social, juntamente con todos los demás ciudadanos, según las competencias de cada uno y bajo su responsabilidad autónoma.

En mi discurso durante la Asamblea eclesial nacional de Verona, el año pasado, reafirmé que actuar en el ámbito político para construir un orden justo en la sociedad italiana no es tarea in-

mediata de la Iglesia como tal, sino de los fieles laicos. A esta tarea, de la máxima importancia, deben dedicarse con generosidad y valentía, iluminados por la fe y por el magisterio de la Iglesia y animados por la caridad de Cristo.

Por esto, sabiamente se instituyeron las Semanas sociales de los católicos italianos, y esta providencial iniciativa también en el futuro podrá dar una contribución decisiva a la formación y la animación de los ciudadanos cristianamente inspirados.

La crónica diaria muestra que la sociedad de nuestro tiempo afronta múltiples emergencias éticas y sociales que pueden minar su estabilidad y poner seriamente en peligro su futuro. Es especialmente actual la cuestión antropológica, que abarca el respeto de la vida humana y la atención que se debe prestar a las exigencias de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer. Como se ha reafirmado en repetidas ocasiones, no se trata de valores y principios sólo "católicos", sino de valores humanos comunes que es preciso defender y tutelar, como la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación.

Y ¿qué decir de los problemas que atañen al trabajo en relación con la familia y los jóvenes? Cuando la precariedad del trabajo no permite a los jóvenes construir una familia, el desarrollo auténtico y completo de la sociedad queda seriamente perjudicado.

Renuevo aquí la invitación que hice durante la Asamblea eclesial de Verona a los católicos italianos, para que sepan aprovechar con conciencia la gran oportunidad que brindan estos desafíos y no reaccionen con un comportamiento abandonista, encerrándose en sí mismos, sino, al contrario, que se abran con confianza a nuevas relaciones, sin descuidar ninguna de las energías capaces de contribuir al crecimiento cultural y moral de Italia.

Por último, no puedo por menos de aludir a un ámbito específico, que también en Italia estimula a los católicos a interrogarse: es el ámbito de las relaciones entre religión y política. La novedad sustancial que trajo Jesús es que él abrió el camino hacia un mundo más humano y más libre, en el pleno respeto de la distinción y de la autonomía que existe entre lo que es del César y lo que es de Dios (cf. *Mt 22, 21*).

Así pues, la Iglesia, por una parte, reconoce que no es un agente político; y, por otra, no puede por menos de interesarse del bien de toda la comunidad civil, en la que vive y actúa, y a la que da su peculiar contribución, formando en las clases políticas y empresariales un auténtico espíritu de verdad y de honradez, encaminado a la búsqueda del bien común y no del beneficio personal.

Éstos son los temas, sumamente actuales, a los que la próxima Semana social de los católicos italianos dedicará

su atención. A quienes participen en ella les aseguro un recuerdo particular en la oración y, a la vez que expreso mi deseo de un fecundo y fructuoso trabajo para el bien de la Iglesia y de

todo el pueblo de Italia, envío de corazón a todos una bendición apostólica especial.

*Vaticano, 12 de octubre de 2007*

## DISCURSOS

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
al final de un concierto en el 110  
Aniversario del nacimiento  
de Pablo VI*

*Sala de los Suizos, Castelgandolfo.  
Miércoles, 26 de septiembre de 2007*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado; queridos hermanos y hermanas:

Hemos pasado juntos una sugestiva velada musical, que nos ha permitido volver a escuchar fragmentos ciertamente conocidos, pero siempre capaces de suscitar nuevas y profundas emociones espirituales. La circunstancia que ha motivado esta velada es significativa: el 110° aniversario del nacimiento del siervo de Dios, Pablo VI, acaecido en Concesio, el 26 de septiembre de 1897, precisamente como hoy.

Con sentimientos de viva gratitud os saludo a todos vosotros, que habéis participado en este acto conmemorativo de un gran Pontífice, que marcó la historia del siglo XX. Doy las gracias

de corazón a quienes han promovido, organizado y ejecutado con apreciada maestría este concierto. Saludo con afecto a los señores cardenales presentes y, en particular, al cardenal Giovanni Battista Re, paisano del Papa Montini. Dirijo un saludo especial al obispo auxiliar de Brescia, monseñor Francesco Beschi, al que agradezco las palabras que acaba de dirigirme, a los demás preladados, a los sacerdotes y a todos vosotros.

Extiendo, además, mi saludo deferente a las personalidades que nos honran con su presencia, y de modo especial a los alcaldes de Brescia y de Bérgamo, a las demás autoridades civiles y militares, así como a los representantes de las instituciones que han contribuido particularmente a la realización de esta significativa manifestación.

Deseo, sobre todo, hacerme intérprete de los sentimientos comunes, expresando mi agradecimiento y mi aprecio a los solistas y a todos los componentes de la *Orquesta del festival internacional de piano Arturo Benedetti Michelangeli*

de Brescia y Bérghamo, dirigida por el conocido maestro Agostino Orizio. Con extraordinario talento y eficacia, han ejecutado fragmentos musicales de Vivaldi, Bach y Mozart, ayudando a nuestro espíritu a percibir en el lenguaje musical la íntima armonía de la belleza divina.

Esta tarde, la escucha de célebres fragmentos musicales nos ha brindado la ocasión de recordar a un ilustre Papa, Pablo VI, que prestó a la Iglesia y al mundo un servicio muy valioso en tiempos difíciles y en condiciones sociales caracterizadas por profundos cambios culturales y religiosos. Rindamos homenaje al espíritu de sabiduría evangélica con el que este amado predecesor mío supo guiar a la Iglesia durante y después del concilio Vaticano II. Percibió, con intuición profética, las esperanzas y las inquietudes de los hombres de aquella época; se esforzó por valorar sus experiencias positivas, tratando de iluminarlas con la luz de la verdad y del amor de Cristo, el único Redentor de la humanidad. Sin embargo, el amor que sentía por la humanidad, con sus progresos, con sus maravillosos descubrimientos, los beneficios y las facilidades de la ciencia y de la técnica, no le impidió poner de relieve las contradicciones, los errores y los riesgos de un progreso científico y tecnológico sin una firme referencia a valores éticos y espirituales. Por tanto, su enseñanza sigue siendo actual y constituye una fuente a la cual recurrir para comprender mejor los textos con-

ciliares y analizar los acontecimientos eclesiales que caracterizaron la segunda parte del siglo XX.

Pablo VI fue prudente y valiente al guiar a la Iglesia con un realismo y un optimismo evangélico alimentados por una fe inquebrantable. Deseó la venida de la “civilización del amor”, convencido de que la caridad evangélica constituye el elemento indispensable para construir una auténtica fraternidad universal. Sólo reconociendo como Padre a Dios, que en Cristo ha revelado a todos su amor, los hombres pueden llegar a ser y sentirse realmente hermanos. Sólo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, puede convertir el corazón humano y capacitarlo para contribuir a realizar una sociedad justa y solidaria. Sus sucesores han recogido la herencia espiritual del siervo de Dios, Pablo VI y han seguido sus pasos.

Oremos para que su ejemplo y sus enseñanzas sean para nosotros aliento y estímulo a amar cada vez más a Cristo y a la Iglesia, animados por la inquebrantable esperanza que sostuvo al Papa Montini hasta el final de su existencia.

Con estos sentimientos, doy una vez más las gracias a quienes han preparado, animado y realizado este encuentro musical e, invocando sobre los presentes la constante protección del Señor, de corazón imparto a todos la bendición apostólica.



*Alocución del Papa, Benedicto XVI,  
al despedirse de Castelgandolfo*

*Viernes, 28 de septiembre de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de dejar Castelgandolfo, deseo dirigir unas palabras de cordial gratitud a cada uno de vosotros, que habéis contribuido, de diversas maneras, a que mi estancia estival fuera saludable y relajante. Saludo ante todo al párroco de Castelgandolfo y a la comunidad parroquial, así como a las diversas comunidades religiosas masculinas y femeninas que viven y trabajan aquí. A cada uno quiero decirle: el Papa cuenta con vuestro apoyo espiritual y os acompaña con su oración para que sigáis con generosidad constante la exigente llamada a la perfección evangélica, a fin de servir con alegría y entrega al Señor y a los hermanos.

Ahora quiero dar las gracias, de modo especial, al señor alcalde y a los representantes de la administración municipal de Castelgandolfo. Gracias, de corazón, por vuestra visita. En estos meses he sentido vuestra cercanía, y sé con cuánto esmero os habéis ocupado de mí y de los que viven en el palacio apostólico. Todos conocen el estilo de cordial hospitalidad que caracteriza a vuestra ciudad y a sus habitantes; una acogida que no sólo se reserva al Papa, sino también a los numerosos peregrinos que vienen a visitarlo, sobre todo el domingo para la habitual cita del Ángelus.

Queridos amigos, os pido que os hagáis intérpretes de mis sentimientos de gratitud ante toda la comunidad ciudadana, con la que me he encontrado en varias ocasiones. Muchas gracias a todos.

Ciertamente, no pueden faltar unas palabras de sincera gratitud al personal médico y a los encargados de los diversos servicios de la Gobernación, que durante estos meses han trabajado, cada uno en su sector, con competencia y abnegación. Queridos amigos, conozco vuestra disponibilidad y los sacrificios que implican los diversos trabajos que estáis llamados a realizar. Que el Señor os recompense por todo.

Asimismo, siento la necesidad de renovar mis sentimientos de aprecio y gratitud a los funcionarios y a los agentes de las diversas Fuerzas del orden italianas, que, con la acostumbrada diligencia, han colaborado con el cuerpo de la Gendarmería vaticana y con el de la Guardia suiza pontificia. Gracias por vuestra discreta y eficiente presencia, que ha facilitado a los peregrinos y visitantes el acceso ordenado y seguro al palacio apostólico.

Por último, no puedo menos de recordar a los oficiales y a los aviadores del 31° escuadrón de la Aeronáutica militar. Vosotros, queridos amigos, cumplís una misión muy cualificada y útil, acompañándome a mí y a mis colaboradores en los desplazamientos

en helicóptero y en avión. Os expreso mi agradecimiento por este servicio tan útil.

Queridos hermanos y hermanas, me gustaría detenerme para conversar con cada uno de vosotros y agradecer personalmente la aportación que, con solicitud y generosidad, dais al buen funcionamiento de la actividad del Papa aquí, en Castelgandolfo. A menudo se trata de servicios ocultos que os obligan a seguir horarios fatigosos,

permaneciendo lejos de casa durante muchas horas. De este modo, también vuestras familias están implicadas en los sacrificios que debéis hacer. Por eso, quiero aseguraros de nuevo mi más sincera gratitud, que extiendo a vuestros familiares.

A todos os llevo en mi corazón y os encomiendo a la maternal protección de la santísima Virgen María, a la vez que de corazón os bendigo a vosotros y a vuestros seres queridos.

## HOMILÍAS

### *Homilía del Papa, Benedicto XVI.*

*Plaza del Plebiscito de Nápoles.*

*Domingo, 21 de octubre de 2007*

Antes del rito penitencial el Santo Padre agradeció al cardenal Sepe su intervención:

Gracias, eminencia, por sus palabras estimulantes, por el espíritu de fe, por el espíritu de esperanza que brota de la fe, de la capacidad de amor, y que supera la violencia.

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; distinguidas autoridades; queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría he aceptado la invitación a visitar la comunidad cristia-

na que vive en esta histórica ciudad de Nápoles. A vuestro arzobispo, el cardenal Crescenzo Sepe, va ante todo mi abrazo fraterno y mi agradecimiento, en particular por las palabras que, también en vuestro nombre, me ha dirigido al inicio de esta solemne celebración eucarística. Lo he enviado a vuestra comunidad conociendo su celo apostólico, y me alegra constatar que lo apreciáis por sus dotes de mente y de corazón.

Saludo con afecto a los obispos auxiliares y al presbiterio diocesano, así como a los religiosos, a las religiosas y a las demás personas consagradas, a los catequistas y a los laicos, particularmente a los jóvenes comprometidos activamente en las diferentes iniciati-



vas pastorales, apostólicas y sociales. Saludo a las distinguidas autoridades civiles y militares que nos honran con su presencia, comenzando por el presidente del Gobierno italiano, el alcalde de Nápoles y los presidentes de la provincia y la región.

A todos los que habéis venido a esta plaza delante de la monumental basílica dedicada a san Francisco de Paula, de cuya muerte se conmemora este año el quinto centenario, os dirijo mi cordial saludo, que extendiendo de buen grado a cuantos están unidos a nosotros mediante la radio y la televisión, especialmente a las comunidades de clausura, a las personas ancianas, a quienes están en los hospitales, a los detenidos en las cárceles y a aquéllos con quienes no podré encontrarme en mi breve estancia napolitana. En una palabra, saludo a toda la familia de los creyentes y a todos los ciudadanos de Nápoles: estoy entre vosotros, queridos amigos, para compartir con vosotros la Palabra y el Pan de vida, y el mal tiempo no nos desalienta, porque Nápoles siempre es hermosa.

Al meditar en las lecturas bíblicas de este domingo y al pensar en la realidad de Nápoles, me ha impresionado el hecho de que hoy la palabra de Dios tiene como tema principal la oración, más aún, “la necesidad de orar siempre sin desfallecer” (cf. *Lc* 18, 1), como dice el Evangelio. A primera vista, podría parecer un mensaje poco pertinente, poco realista, poco incisivo con res-

pecto a una realidad social con tantos problemas como la vuestra. Pero, si se reflexiona bien, se comprende que esta Palabra contiene un mensaje que ciertamente va contra corriente, pero está destinado a iluminar en profundidad la conciencia de vuestra Iglesia y de vuestra ciudad.

Se puede resumir así: la fe es la fuerza que en silencio, sin hacer ruido, cambia el mundo y lo transforma en el reino de Dios, y la oración es expresión de la fe. Cuando la fe se colma de amor a Dios, reconocido como Padre bueno y justo, la oración se hace perseverante, insistente; se convierte en un gemido del espíritu, un grito del alma que penetra en el corazón de Dios. De este modo, la oración se convierte en la mayor fuerza de transformación del mundo.

Ante realidades sociales difíciles y complejas, como seguramente es también la vuestra, es preciso reforzar la esperanza, que se funda en la fe y se expresa en una oración incansable. La oración es la que mantiene encendida la llama de la fe. Como hemos escuchado, al final del evangelio, Jesús pregunta: “Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?” (*Lc* 18, 8). Es una pregunta que nos hace pensar. ¿Cuál será nuestra respuesta a este inquietante interrogante? Hoy queremos repetir juntos con humilde valentía: Señor, tu venida a nosotros en esta celebración dominical nos encuentra reunidos con la lámpara de la

fe encendida. Creemos y confiamos en ti. Aumenta nuestra fe.

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos presentan algunos modelos en los que podemos inspirarnos para hacer nuestra profesión de fe, que es siempre también profesión de esperanza, porque la fe es esperanza, abre la tierra a la fuerza divina, a la fuerza del bien. Son las figuras de la viuda, que encontramos en la parábola evangélica, y la de Moisés, de la que habla el libro del Éxodo. La viuda del evangelio (cf. *Lc* 18, 1-8) nos impulsa a pensar en los “pequeños”, en los últimos, pero también en tantas personas sencillas y rectas que sufren por los atropellos, se sienten impotentes ante la persistencia del malestar social y tienen la tentación de desalentarse. A ellos Jesús les repite: observad con qué tenacidad esta pobre viuda insiste y al final logra que un juez injusto la escuche. ¿Cómo podríais pensar que vuestro Padre celestial, bueno, fiel y poderoso, que sólo desea el bien de sus hijos, no os haga justicia a su tiempo?

La fe nos asegura que Dios escucha nuestra oración y nos ayuda en el momento oportuno, aunque la experiencia diaria parezca desmentir esta certeza. En efecto, ante ciertos hechos de crónica, o ante tantas dificultades diarias de la vida, de las que los periódicos ni siquiera hablan, surge espontáneamente en el corazón la súplica del antiguo profeta: “¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio, sin que tú me escuches, clama-

ré a ti: “¡Violencia!” sin que tú me salves?” (*Ha* 1, 2).

La respuesta a esta apremiante invocación es una sola: Dios no puede cambiar las cosas sin nuestra conversión, y nuestra verdadera conversión comienza con el “grito” del alma, que implora perdón y salvación. Por tanto, la oración cristiana no es expresión de fatalismo o de inercia; más bien, es lo opuesto a la evasión de la realidad, al intimismo consolador: es fuerza de esperanza, expresión máxima de la fe en el poder de Dios, que es Amor y no nos abandona.

La oración que Jesús nos enseñó y que culminó en Getsemaní, tiene el carácter de “combatividad”, es decir, de lucha, porque nos pone decididamente del lado del Señor para combatir la injusticia y vencer el mal con el bien; es el arma de los pequeños y de los pobres de espíritu, que repudian todo tipo de violencia. Más aún, responden a ella con la no violencia evangélica, testimoniando así que la verdad del Amor es más fuerte que el odio y la muerte.

Esto se puede ver también en la primera lectura, la célebre narración de la batalla entre los israelitas y los amalecitas (cf. *Ex* 17, 8-13). Fue precisamente la oración elevada con fe al verdadero Dios lo que determinó el desenlace de aquella dura batalla. Mientras Josué y sus hombres afrontaban en el campo a sus adversarios, en la cima del monte Moisés tenía levantadas las manos, en

la posición de la persona en oración. Las manos levantadas del gran caudillo garantizaron la victoria de Israel. Dios estaba con su pueblo, quería su victoria, pero condicionaba su intervención a que Moisés tuviera en alto las manos.

Parece increíble, pero es así: Dios necesita las manos levantadas de su siervo. Los brazos elevados de Moisés hacen pensar en los de Jesús en la cruz: brazos extendidos y clavados con los que el Redentor venció la batalla decisiva contra el enemigo infernal. Su lucha, sus manos alzadas hacia el Padre y extendidas sobre el mundo piden otros brazos, otros corazones que sigan ofreciéndose con su mismo amor, hasta el fin del mundo.

Me dirijo en particular a vosotros, queridos pastores de la Iglesia que está en Nápoles, haciendo más las palabras que san Pablo dirige a Timoteo y hemos escuchado en la segunda lectura: permaneced firmes en lo que habéis aprendido y en lo que creéis. Proclamad la palabra, insistid en toda ocasión, a tiempo y a destiempo, reprended, reprochad, exhortad con toda paciencia y doctrina (cf. 2 *Tm* 3, 14. 16; 4, 2). Y, como Moisés en el monte, perseverad en la oración por y con los fieles encomendados a vuestro cuidado pastoral, para que juntos podáis afrontar cada día el buen combate del Evangelio.

Y ahora, iluminados interiormente por la palabra de Dios, volvamos a mi-

rar la realidad de vuestra ciudad, donde no faltan energías sanas, gente buena, culturalmente preparada y con un vivo sentido de la familia. Pero para muchos vivir no es sencillo: son numerosas las situaciones de pobreza, de carencia de viviendas, de desempleo o subempleo, de falta de perspectivas de futuro. Además, está el triste fenómeno de la violencia. No se trata sólo del deplorable número de delitos de la camorra, sino también de que, por desgracia, la violencia tiende a convertirse en una mentalidad generalizada, insinuándose en los entresijos de la vida social, en los barrios históricos del centro y en las periferias nuevas y anónimas, y corre el riesgo de atraer especialmente a la juventud, que crece en ambientes en los que prospera la ilegalidad, la economía sumergida y la cultura del “apañarse”.

¡Cuán importante es, por tanto, intensificar los esfuerzos con vistas a una seria estrategia de prevención, que se oriente a la escuela, al trabajo y a ayudar a los jóvenes a aprovechar el tiempo libre. Es necesaria una intervención que implique a todos en la lucha contra cualquier forma de violencia, partiendo de la formación de las conciencias y transformando las mentalidades, las actitudes y los comportamientos de todos los días. Dirijo esta invitación a todo hombre y a toda mujer de buena voluntad, mientras se celebra aquí, en Nápoles, el encuentro de los líderes religiosos por la paz, que tiene como tema: “Por un mundo sin violencia: religiones y culturas en diálogo”.

Queridos hermanos y hermanas, el amado Papa, Juan Pablo II, visitó Nápoles por primera vez en 1979: era, como hoy, el domingo 21 de octubre. La segunda vez vino en noviembre de 1990: una visita que promovió el renacimiento de la esperanza. La Iglesia tiene la misión de alimentar siempre la fe y la esperanza del pueblo cristiano. Eso es lo que está haciendo con celo apostólico también vuestro arzobispo, que escribió recientemente una carta pastoral con el significativo título: “La sangre y la esperanza”. Sí, la verdadera esperanza nace sólo de la sangre de Cristo y de la sangre derramada por él. Hay sangre que es signo de muerte; pero hay sangre que expresa amor y vida: la sangre de Jesús y de los mártires, como la de vuestro amado patrono san Jenaro, es manantial de vida nueva.

Concluyo haciendo mía una expresión contenida en la carta pasto-

ral de vuestro arzobispo, que reza así: “La semilla de la esperanza es quizá la más pequeña, pero de ella puede surgir un árbol lozano y producir muchos frutos”. Esta semilla existe y actúa en Nápoles, a pesar de los problemas y las dificultades. Oremos al Señor para que haga crecer en la comunidad cristiana una fe auténtica y una esperanza firme, capaz de contrastar eficazmente el desaliento y la violencia.

Ciertamente, Nápoles necesita intervenciones políticas adecuadas, pero antes aún necesita una profunda renovación espiritual; necesita creyentes que pongan plenamente su confianza en Dios y que, con su ayuda, se comprometan a difundir en la sociedad los valores del Evangelio. Para ello pidamos la ayuda de María y de vuestros santos protectores, en particular de san Jenaro. Amén.

SANTA SEDE

## SECRETARÍA DE ESTADO

**Homilía del Cardenal, Tarcisio Bertone, en las solemnes celebraciones conclusivas del 90º Aniversario de las Apariciones de la Virgen María en Fátima**

*Santuario de la Santísima Trinidad, Fátima (Portugal) Domingo 14 de octubre de 2007*

Virgen para transmitir, mediante los tres pastorcillos, su mensaje maternal a la Iglesia y al mundo entero.

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Con esta solemne celebración concluye la misión que el Santo Padre me encomendó de representarlo aquí, en Fátima, con ocasión del 90º aniversario de las apariciones de la Virgen María a los tres pastorcillos, en Cova de Iría. Ayer, como en aquel 13 de octubre de 1917, era sábado. Hoy nos reunimos de nuevo en esta hermosa iglesia, que hace dos días tuve la alegría de dedicar a la Santísima Trinidad, para celebrar la Eucaristía en el día del Señor, pascua semanal.

Acabamos de escuchar las palabras del apóstol san Pablo: “Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David” (2 Tm 2, 8). El domingo, cada domingo, nos renueva esta exhortación, y nosotros damos gracias a Dios porque nos da la posibilidad de volverla a escuchar hoy aquí, en Fátima, lugar escogido por la

Deseo manifestar mi agradecimiento al obispo de Leiría-Fátima, y a sus colaboradores, por la acogida que me ha sido dispensada como legado pontificio. He podido constatar con alegría una vez más la profunda devoción al Sucesor de Pedro que se respira en Portugal y de modo particular en esta tierra bendita.

Saludo a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a las autoridades y a todos los peregrinos presentes. Saludo a los fieles que a través de las conexiones televisivas se unen a nosotros desde Portugal, desde Italia y desde otras partes del mundo. Saludo en especial a los feligreses de la parroquia de Fátima y de las otras tres parroquias contiguas al santuario. A todos y cada uno les transmito el saludo y la bendición de Su Santidad, Benedicto XVI, cuya voz podremos escuchar en el Ángelus, precisamente al finalizar esta santa misa.

Queridos hermanos y hermanas, tratemos de comprender la palabra

de Dios que se acaba de proclamar. El evangelio habla del encuentro de diez leprosos con Jesús. Los cura a todos, pero sólo uno, un samaritano, vuelve para darle las gracias y es a este extranjero agradecido a quien dice: “Tu fe te ha salvado” (*Lc* 17, 19). Así pues, los diez leprosos fueron “curados” de su enfermedad, pero sólo uno fue “salvado”: aquél que por su fe glorificó a Dios y dio gracias a Jesús. San Lucas pone de relieve que el leproso salvado era un extranjero. También era extranjero Naamán, jefe del ejército sirio y enfermo de lepra, del que habla la primera lectura. Se curó cuando, obedeciendo a la palabra del profeta Eliseo, fue a lavarse en las aguas del río Jordán. La palabra de Dios destaca, como hemos cantado en el estribillo del Salmo responsorial, que “el Señor revela a las naciones su salvación”.

La apertura universal de la salvación y la fidelidad a Israel, que a primera vista pueden parecer opuestas, son en realidad dos aspectos inseparables y recíprocos del mismo misterio salvífico: precisamente la intensidad y la firmeza del amor de Dios por el pueblo que eligió son las que convierten este amor en una “bendición” para todos los pueblos (cf. *Gn* 12, 3). Esto se manifiesta en el grado más alto en la cruz de Cristo, signo máximo de su entrega a las ovejas perdidas de la casa de Israel y, al mismo tiempo, de la redención de la humanidad entera.

La palabra de Dios que resuena en

la liturgia de hoy en todo el mundo adquiere un significado muy particular para nosotros que la escuchamos en este lugar bendito, marcado hace 90 años por la presencia particular de María. Aquí todo sigue estando iluminado por esta presencia espiritual, la cual nos ofrece también una perspectiva de lectura del mensaje de las Escrituras, que podemos sintetizar así: María fue preservada de la lepra del pecado, vivió en perenne acción de gracias a Dios y se convirtió en icono de la salvación; ella, “llena de gracia”, es signo de la fidelidad de Dios a sus promesas, imagen y modelo de la Iglesia, nuevo Israel abierto a todas las naciones; María participó plenamente en el misterio pascual del Hijo: murió con él y vive con él, perseveró con él y reina con él para siempre (cf. *2 Tm* 2, 11-12).

La hermosa Señora se presenta a los pastorcillos resplandeciente de luz; pero en sus palabras, y a veces también en su rostro, velado en parte por la tristeza, es constante la referencia a la realidad del pecado; muestra a los niños su Corazón inmaculado coronado de espinas, y explica que son necesarios su oración y su sacrificio para reparar los numerosos males que ofenden a Dios, para que cese la guerra y reine en el mundo la paz.

El lenguaje de María es sencillo, adaptado a los niños, pero no está dulcificado ni es como el de las fábulas; más aún, con palabras muy realistas, los introduce en el drama de la vida; les pide su colaboración y, al ver que

Jacinta, Francisco y Lucía tienen una disponibilidad generosa, les revela: “Entonces, deberéis sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestra fuerza” (Primera aparición, 13 de mayo de 1917).

La Virgen escoge niños inocentes como colaboradores suyos privilegiados para combatir, con las armas de la oración y la penitencia, el sacrificio y el sufrimiento, la terrible lepra del pecado que corrompe a la humanidad. ¿Por qué lo hace? Porque esto responde al método de Dios, el cual “ha escogido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte, (...) lo que no es, para reducir a la nada lo que es” (1 Co 1, 27-28).

Podemos pensar en el ejemplo de tantos niños que han afrontado, y también hoy siguen afrontando, el sufrimiento y la enfermedad con serenidad, consolando a sus padres y a sus familiares en momentos de tan gran prueba. Entre estos estupendos ejemplos de pequeños apóstoles de Cristo me complace recordar la figura extraordinaria de Silvio Dissegna, un muchacho piamontés que murió de cáncer a los doce años, cuya causa de beatificación ya está introducida.

Noventa años después de las apariciones, Fátima sigue siendo un faro de esperanza consoladora, pero también un fuerte estímulo a la conversión. La luz que María hizo resplandecer a los ojos de los pastorcillos, y que se manifestó a tanta gente en el milagro del sol el día 13 de octubre, indica que la gracia de Dios es más fuerte que el pecado y la muerte.

Sin embargo, María pide a todos conversión y penitencia; quiere corazones sencillos, que acepten generosamente orar y sufrir para la reparación de los pecados, para la conversión de los pecadores y para la salvación de las almas. María espera la respuesta de todos sus hijos.

Queridos hermanos y hermanas, acojamos su invitación y permanezcamos fieles a nuestra vocación cristiana. Ofrezcamos cada día fervientes oraciones, especialmente el santo rosario, y nuestros sufrimientos, para la reparación de los pecados y la paz en el mundo. Considerémonos pequeños y humildes hijos suyos, deseo.

**Mensaje de la III Asamblea Ecu­ménica Europea Sibiu, Rumania.  
Del 4-9 de septiembre de 2007**

*Sábado, 8 de septiembre de 2007*

**¡La luz de Cristo ilumina a todos!**

Nosotros, cristianos peregrinos provenientes de toda Europa y de más allá, testigos del poder transformador



de su luz, que es más fuerte que la oscuridad, y proclamándola como esperanza que llena por completo nuestras Iglesias, las de toda Europa y las del mundo entero.

En el nombre de nuestro Dios Trino, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nos hemos reunido en Sibiu, Rumania (del 4 al 9 de septiembre de 2007). Esta III Asamblea Ecu­ménica Europea ha estado especialmente marcada por la riqueza de la espiritualidad y de la tradición ortodoxa. Recordamos y renovamos los serios compromisos hechos en Basilea y Graz, y sentimos que hasta ahora hemos fallado en la realización de algunos de ellos. Sin embargo, nuestra confianza en la energía transformadora de la luz de Cristo es más fuerte que la oscuridad de la resignación, el fatalismo, el miedo y la indiferencia.

Nuestra III Asamblea Ecu­ménica Europea empezó en Roma en 2006, y continuó en Wittenberg en 2007. Esta peregrinación ecuménica incluyó muchas reuniones de carácter regional, y las de las Iglesias Ortodoxas en Rodas y de los jóvenes en St. Maurice. Acogemos con alegría el compromiso de los jóvenes y la contribución que han hecho a la Asamblea. Asistidos y motivados por la *Charta Oecumenica*, nuestra Asamblea continuó el trabajo iniciado en asambleas anteriores, y ha sido una ocasión para el intercambio de dones y el enriquecimiento mutuo.

No estamos solos en esta peregrinación. Cristo está con nosotros y, dentro de la nube de testigos (*Heb 12, 1*), los mártires contemporáneos nos acompañan: el testimonio de su vida y de su muerte nos inspira individual y comunitariamente. En comunión con ellos, nos comprometemos a permitir que la luz del Cristo transfigurado brille a través de nuestro propio testimonio, profundamente enraizado en la oración y el amor. Ésta es nuestra respuesta humilde al sacrificio de sus vidas.

### **La luz de Cristo en la Iglesia**

La luz de Cristo nos lleva a vivir para los demás y en comunión el uno con el otro. Nuestro testimonio de esperanza y de unidad para Europa y para el mundo sólo será creíble si continuamos nuestro trayecto hacia la unidad visible. Unidad no es uniformidad. Encontramos un enorme valor en experimentar de nuevo la *koinonía* e intercambiar los dones espirituales que han dinamizado el movimiento ecuménico desde su comienzo.

En Sibiu hemos sentido de nuevo la profunda herida de las divisiones entre nuestras Iglesias. Esto concierne también a nuestro entendimiento de la Iglesia y su unidad. Los distintos desarrollos históricos y culturales del cristianismo de Oriente y Occidente han contribuido a estas diferencias, y su entendimiento requiere nuestra atención urgente y un diálogo permanente.



Estamos convencidos de que la amplia familia cristiana tiene que tratar cuestiones doctrinales y buscar también consensos mayores sobre los valores morales derivados del Evangelio y de un estilo creíble de vida cristiana que sea testimonio alegre de la luz de Cristo en nuestro mundo secular moderno que nos desafía, tanto en la vida privada como en la pública.

Nuestra espiritualidad cristiana es un precioso tesoro: una vez abierto, revela su variedad de riquezas y abre nuestros corazones a la belleza del rostro de Jesús y a la fuerza de la oración. Solamente estando cerca de nuestro Señor Jesucristo podemos estar cerca del otro y experimentar la verdadera *koinonía*. No podemos más que compartir estas riquezas con los hombres y las mujeres que buscan la luz en nuestro continente. Los hombres y mujeres espirituales comienzan con su propia conversión, que les lleva a la transformación del mundo. Nuestro testimonio de la luz de Cristo es un compromiso fiel de escuchar, vivir y compartir nuestras historias de vida y de esperanza que nos han modelado como seguidores de Cristo.

**Primera recomendación:** recomendamos renovar nuestra misión como creyentes individuales y como Iglesias para proclamar a Cristo como la Luz y el Salvador del mundo.

**Segunda recomendación:** recomendamos continuar la discusión sobre el

mutuo reconocimiento del bautismo, teniendo en cuenta los importantes avances sobre este punto en varios países, y siendo conscientes de que esta cuestión está profundamente ligada a un entendimiento de la eucaristía, el ministerio y la eclesiología en general.

**Tercera recomendación:** recomendamos buscar formas de experimentar actividades que puedan unirnos: orar por cada uno y por la unidad, peregrinaciones ecuménicas, formación teológica y estudio en común, iniciativas sociales y diaconales, proyectos culturales, y apoyo a una vida social basada en los valores cristianos.

**Cuarta recomendación:** deseamos una participación plena del pueblo de Dios, y en esta Asamblea en particular destacamos el papel de los jóvenes, los mayores, las minorías étnicas y los discapacitados.

### La luz de Cristo para Europa

Consideramos que cada ser humano está creado a imagen y semejanza de Dios (*Gn 1, 27*) y merece el mismo grado de respeto y amor, a pesar de las diferencias de creencia, cultura, edad, género u origen étnico, desde el comienzo de la vida hasta la muerte natural. Siendo conscientes de que nuestras raíces comunes son mucho más profundas que nuestras divisiones, mientras buscamos la renovación, la unidad y el papel de las Iglesias en la sociedad europea actual, debemos enfocar nuestro

encuentro con los miembros de otras religiones. Siendo conscientes en particular de nuestra relación única con los judíos como el pueblo de la Alianza, rechazamos todas las formas contemporáneas de antisemitismo y, con ellos, promoveremos Europa como un continente libre de toda forma de violencia. Ha habido períodos en nuestra historia europea de espinosos conflictos, pero ha habido también períodos de coexistencia pacífica entre personas de todas las religiones. En nuestros días no hay alternativa al diálogo: no un diálogo de compromiso, sino un diálogo de vida donde se puede decir la verdad en el amor. Todos nosotros necesitamos aprender más acerca de todas las religiones, y las recomendaciones de la *Charta Oecumenica* deberían ser desarrolladas mucho más. Hacemos una llamada a nuestros hermanos cristianos y a todos aquellos que creen en Dios a respetar el derecho de las personas a la libertad religiosa, y expresamos nuestra solidaridad con las comunidades cristianas que viven en Oriente Medio, en Irak y en cualquier otro lugar del mundo como minorías religiosas y sienten que su misma existencia se encuentra amenazada.

Porque encontramos a Cristo en nuestros hermanos y hermanas necesitados (*Mt* 25, 44-45), juntos, iluminados por la Luz de Cristo, nosotros los cristianos, de acuerdo con el proyecto bíblico de una humanidad unida (*Gn* 1, 26-27), nos comprometemos a arrepentirnos del pecado de exclusión, a profundizar nuestro conocimiento del

“otro”, a defender la dignidad y los derechos de cada ser humano, y a asegurar la protección de aquellos que la necesitan, compartiendo la luz de Cristo que traen otros a Europa; a llamar la atención de los Estados europeos para frenar la detención administrativa injustificada de migrantes; a hacer todos los esfuerzos para asegurar la inmigración regular, la integración de los migrantes, de los refugiados y de los que buscan asilo; a mantener el valor de la unidad de la familia y a combatir el tráfico de seres humanos y la explotación de las personas traficadas. Hacemos una llamada a las Iglesias para que incrementen su cuidado pastoral de los inmigrantes vulnerables.

**Quinta recomendación:** recomendamos a nuestras Iglesias que reconozcan que los inmigrantes cristianos no son sólo receptores de atención religiosa, sino que pueden jugar un papel pleno y activo en la vida de la Iglesia y de la sociedad; que ofrezcan un mejor cuidado pastoral para los migrantes, los que buscan asilo y los refugiados; y promuevan los derechos de las minorías étnicas en Europa, particularmente del pueblo gitano.

Muchos de nosotros sentimos gratitud por haber experimentado profundos cambios en Europa en las últimas décadas. Europa es mucho más que la Unión Europea. Como cristianos, compartimos la responsabilidad de modelar Europa como un continente de paz, solidaridad, participación y sostenibilidad.

Apreciamos el compromiso de las instituciones europeas, incluyendo la UE, el Consejo de Europa y la OSCE a favor de un diálogo abierto, transparente y regular con las Iglesias de Europa. Altos representantes políticos europeos nos han honrado con su presencia y así han expresado su fuerte interés por nuestro trabajo. Tenemos que afrontar el desafío de aportar fuerza espiritual a este diálogo. Europa inicialmente fue un proyecto político para asegurar la paz y necesita ahora convertirse en una Europa de los pueblos, más que en un espacio económico.

**Sexta recomendación:** recomendamos desarrollar la *Charta Oecumenica* como una guía estimulante para nuestro trayecto ecuménico en Europa.

### La luz de Cristo para el mundo entero

La Palabra de Dios nos inquieta a nosotros y a nuestra cultura europea: ¡los que viven deberían no vivir más para sí mismos sino para aquel que murió por ellos y resucitó! Los cristianos deben liberarse del miedo y de la insaciable avaricia que nos hace vivir para nosotros mismos, impotentes, estrechos de mente, y cerrados. La Palabra de Dios nos invita a no dilapidar la preciosa herencia de aquellos que en los últimos sesenta años han trabajado por la paz y la unidad en Europa. La paz es un don extraordinario y precioso. Países enteros aspiran a la paz. Pueblos enteros están esperando ser liberados de la violencia y del terror. Nos comprometemos con urgencia a renovar esfuerzos

para alcanzar estos fines. Rechazamos la guerra como instrumento para resolver conflictos, promovemos medios no violentos para la resolución de conflictos, y estamos preocupados por el rearme militar. La violencia y el terrorismo en nombre de la religión son una negación de la religión.

La Luz de Cristo brilla en el término “justicia”, uniéndola a la misericordia divina. Iluminada así escapa a cualquier pretensión ambigua. A lo largo de todo el mundo e incluso en Europa, el proceso actual de globalización radical del mercado está profundizando la división social entre ganadores y perdedores, niega el valor de innumerables personas, tiene implicaciones ecológicas catastróficas y, precisamente en vista del cambio climático, no es compatible con un futuro sostenible de nuestro planeta.

**Séptima recomendación:** urgimos a todos los cristianos europeos a apoyar con fuerza los “Objetivos de desarrollo del milenio” de las Naciones Unidas como un paso práctico urgente hacia el alivio de la pobreza.

**Octava recomendación:** recomendamos el inicio de un proceso consultivo que incluya la responsabilidad europea para la justicia ecológica, que afronte la amenaza del cambio climático, la responsabilidad europea para la configuración justa de la globalización, los derechos del pueblo gitano y otras minorías étnicas. El proceso debe ser iniciado por el CCEE y la KEK, con

las Iglesias en Europa y con las Iglesias de otros continentes.

Hoy más que nunca reconocemos que África, un continente ya entrelazado con nuestra propia historia y futuro, experimenta niveles de pobreza ante los cuales no podemos permanecer indiferentes e inactivos. Las heridas de África han tocado el corazón de nuestra Asamblea.

**Novena recomendación:** recomendamos iniciativas para la cancelación de la deuda y la promoción del comercio justo.

A través de un diálogo sincero y objetivo, contribuimos y promovemos la creación de una Europa renovada, donde los principios cristianos inalterables y los valores morales, derivados directamente del Evangelio, sirvan como testimonio y promuevan el compromiso activo en la sociedad europea. Nuestra tarea es promover estos principios y valores, no sólo en la vida privada, sino también en la vida pública. Cooperaremos con personas de otras religiones que compartan nuestra preocupación por crear una Europa de valores que también prospera política y económicamente.

Conscientes de la importancia de la creación de Dios, oramos por una mayor sensibilidad y respeto por su maravillosa diversidad. Trabajamos contra su descarada explotación, de la cual “la creación entera espera su redención” (Rom 8, 22) y nos comprometemos a

trabajar por la reconciliación entre la humanidad y la naturaleza.

**Décima recomendación:** recomendamos que el período del 1 de septiembre al 4 de octubre esté dedicado a la oración en favor de la protección de la Creación y la promoción de estilos de vida sostenibles que inviertan nuestra contribución al cambio climático.

Agradecidos a todos los que han aportado su contribución en este trayecto, particularmente a la *oikumene* joven, que urgió a esta Asamblea a ser valiente en la vivencia del Evangelio, nos unimos en oración:

*Oh Cristo,*

*Luz Verdadera que ilumina y santifica a cada ser humano que viene a este mundo, enciende en nosotros la luz de tu presencia; que en ella podamos alcanzar la luz inaccesible, y guíe nuestros senderos por el cumplimiento de tus mandamientos.*

*Sálvanos y guíanos hacia tu Reino eterno.*

*Porque tú eres nuestro Creador, Protector y Dador de todo lo que es bueno.*

*Nuestra esperanza está en ti y a ti te damos gloria, ahora y siempre.*

*Amén.*







# CRÓNICA DIOCESANA

---





CRÓNICA DIOCESANASEPTIEMBRE

- Día 26: Reunión de Arciprestes y Delegados Episcopales en el Seminario Mayor.
- Días 27-29: I Congreso Internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea que se celebra con motivo del MC Aniversario del nacimiento de San Rosendo.
- Día 28: Presentación en el Colegio de la Purísima, de la programación de la Delegación Episcopal de Misiones, para el curso 2007/2008.
- Celebración de Envío de catequistas de la Diócesis en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 30: Peregrinación de las Familias a Celanova, en el año jubilar de San Rosendo.

OCTUBRE

- Días 1: Apertura del Curso Académico 2007 – 2008 del Seminario Mayor y Menor y del Instituto Teológico “Divino Maestro”.  
Inauguración de la Exposición “Rudesindus. O legado do Santo” en la iglesia parroquial de San Rosendo de Celanova, con motivo del Año Jubilar.
- Día 3: Presentación de la Programación Diocesana a los arciprestazgos de A Limia, Cualedro, Rairiz de Veiga, Verín, Gudiña - Riós y Montemorey.
- Día 6: Asamblea de Cáritas Diocesana en el Seminario Mayor. José Ramón Solanillas, responsable del programa de dependencia de Cáritas española, ofrecía una ponencia con el tema “*Cáritas y el compromiso con la Ley de Dependencia, ¿qué podemos hacer?*”.  
Misa en Rito Hispano-Mozárabe en el MC Aniversario del nacimiento de San Rosendo, Obispo y Abad, en Celanova.
- Día 7: En el Seminario Mayor, inicio del curso y presentación de los objetivos del mismo, así como de los nuevos responsables del movimiento y nuevos equipos de matrimonios, con un encuentro general del Movimiento de Equipos de Nuestra Señora.
- Día 9: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 10: Presentación de la Programación Diocesana a los arciprestazgos de

Maceda, Caldelas, Allariz, A Rabeda, Celanova, Bande, A Merca y Ramirás.

Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

Día 11: Conferencia sobre los nuevos Beatos de Galicia en el Centro Cultural de la Diputación **lleva por título** *Mártires españoles del siglo XX: la aportación salesiana a la santidad gallega*, por el sacerdote diocesano D. José Ramón Hernández Figueiredo, delegado para la Causa de los Santos y profesor del Instituto Teológico “Divino Maestro” y Compostelano.

Ese mismo día, por la mañana, se presentó a los medios el libro *Semblanza biográfica de los nuevos beatos salesianos oriundos de Galicia. Testimonio martirial (1936-1937)*.

Día 15: Exequias por el E. D. de Sor Guillermina Casado Canto, religiosa de las Hijas de la Divina Pastora (Calasancias) en la capilla de la Residencia Santamariña.

Día 17: Presentación de la Programación Diocesana a los arciprestazgos de Carballiño-Orcellón, Maside, Cea, Ribadavia, Cortegada, Castrelo y Avión-Leiro.

Día 18: Presentación de la revista “Ourense siglo XXI” editada por la Diputación provincial y dedicada a San Rosendo con motivo del año jubilar.

Peregrinación de la Curia Diocesana al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.

Día 19: Reunión con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

Día 20: Curso de formación para los profesores de Religión en la casa diocesana de Ejercicios, sobre le tema “La Ere en la Loe”.

Vigilia del DOMUND en la Parroquia de Santiago de As Caldas.

Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 24: Presentación de la Programación Diocesana a los arciprestazgos de Ourense Norte, Sur, Este y Oeste, Terras de Aguiar, Chaos de Amoeiro y Toén.

Días 25-29: Peregrinación a Roma con motivo de la Beatificación de 498 mártires españoles, de los cuales 9 son originarios de la Diócesis.





Beati Misericordes